

---

# LOS BALCONES DE MADRID

---

Personas que hablan en ella:

- **El CONDE, don Carlos**
- **Don JUAN, galán**
- **Don ALONSO, viejo**
- **Don PEDRO, galán**
- **Don ÁLVARO, viejo, amigo de don Alonso**
- **CORAL, gracioso criado de don Juan**
- **Doña ANA, prima de Elisa**
- **Doña ELISA, hija de don Alonso**
- **LEONOR, criada de doña Elisa**

---

## JORNADA PRIMERA

---

*Salen LEONOR con manto y doña ANA sin él*

ANA: ¿Eso viste? ¡Que eso pasa!

LEONOR: Ésta es la pura verdad  
en fe de la voluntad  
que, después de mi casa  
eres vecina te debo.  
Reconocimientos labras  
ya en obras y ya en palabras,  
tantos en mí que me atrevo  
a revelarte secretos  
que mi señora me fía.

ANA: Querrá el Amor algún día  
que con mayores efetos  
me desempeñe. Leonor,  
sé entretanto mi acreedora.  
En efeto, ¿tu señora  
tiene a mi don Juan amor?  
En efeto, ¿sus engaños  
me pretenden usurpar  
la acción que puede alegar  
quien ha que le ama dos años?

LEONOR: En esa parte podré  
disculpar a mi señora  
justamente. Pues, si ignora  
tus desvelos y no fue  
como amiga consultada  
de tus cuidados por ti,  
¿en qué te ofende?

ANA: Salí,  
Leonor, cierta y desdichada  
en mis sospechas. Mudó  
don Juan voluntad y afetos  
y, mudándolos, sujetos

de su esperanza dejó  
 quejas que buscan venganza  
 contra quien no ha delinquido.

¿Podrá ser que de su olvido  
 tome mi agravio venganza?

Pared en medio tenemos  
 las casas donde habitamos.  
 Por primas nos visitamos;  
 como amigas nos queremos;

mas, pues celosa examino  
 ofensas que Amor me avisa,  
 desde hoy más recele Elisa  
 las obras de un mal vecino.

Fiscalizarán mis penas  
 acciones que la dan alas  
 murmurando de las malas,  
 maliciando de las buenas.

Tomaré satisfacción  
 del agravio que me adviertes;  
 pero en efecto, ¿en las suertes  
 que echa la superstición

esta noche, salió Elisa  
 con don Juan?

LEONOR: Y tú también  
 con don Pedro.

ANA: En su desdén.  
 De sus mudanzas me avisa,  
 que es don Pedro pretendiente  
 de tu señora, anterior  
 en frecuencias y en favor,  
 ya olvidado por ausente.

LEONOR: Si has de prevenirte en esto,  
 con mi advertencia prosigo:  
 envió Elisa conmigo  
 un papel en que echó el resto  
 de finezas...

ANA: No seguras.  
 ...y dentro dél encajó  
 la suerte que les tocó.  
 No te diré las locuras

que con el epigrama hizo,  
 con la suerte y el papel;  
 diversas veces en él  
 puso, y no se satisfizo,  
 los labios. Díome esta joya.  
 Prometió sacarme un manto.  
 Si su olvido sientes tanto,  
 Sinón soy, Elisa es Troya,  
 procura tú ser Ulises.  
 Engaños a Elisa venzan,  
 y mientras estos comienzan,  
 adiós, hasta que me avises.

*Vase LEONOR*

ANA: No tienen otro caudal  
 los agravios y los celos  
 sino ardides. Prevendréllos  
 contra un hombre desleal.  
 Guerra es amor competido;  
 engaños usa también.  
 Celos industrias me den  
 pues que no me dan olvido.  
 Busquen mis solicitudes  
 castigos para traiciones,  
 enredos para ficciones,  
 trazas para ingratitudes,  
 para su engaño desvelos;  
 para mis venganzas modo.  
 Pero ya lo he hallado todo  
 pues soy mujer y con celos.

*Vase doña ANA. Salen como de noche el CONDE y don JUAN*

CONDE: ¡Templada noche!  
 JUAN: Muere  
 en ella el año, y cuando expira, quiere  
 obligarnos su blanda despedida;

que el huésped bienhechor tarde se olvida.

CONDE: No sé yo que pudiera  
competirla la mansa primavera.  
¡Qué clara! ¡Qué agradable!

JUAN: A mis venturas favorece afable.  
¡Ay, Conde y señor mío!  
Si Amor rapaz es todo desvarío,  
y como niño estima  
juguetes con que más su fuego anima,  
un favor, un juguete,  
fortunas esta noche me promete  
que estorben mi tristeza  
si del modo que acaba el año, empieza.

CONDE: Agravio me habéis hecho,  
don Juan, cuando os presumo satisfecho  
de la amistad que os fío,  
con el nombre de "Conde y señor mío."  
Dejad títulos graves  
que los de la amistad son más süaves;  
pues siendo vos mi amigo,  
éste es, sólo, el blasón a que os obligo.  
Aunque tan recatado  
hallo de mi amistad vuestro cuidado,  
y en él tan poco os debo  
que llamaros amigo no me atrevo.

JUAN: Creed que si fiárosle rehusó,  
no es por dudar de vos; mas porque el uso,  
que yo frecuento poco,  
no ha de juzgarme amante sino loco.  
Y, porque viváis cierto  
de que por esto el alma os he encubierto,  
aunque desacredite  
con vos mi seso y vuestra risa incite,  
oíd filosofías  
de un peregrino amor que ha muchos días  
que siéndole obediente  
en mí es naturaleza, no accidente;  
pero con presupuesto  
que no ha de seros, Conde, manifiesto  
el nombre de la dama

que me ha juramentado, y de mi llama  
tanto el secreto estima,  
que hasta en los ojos su silencio intima.

CONDE: Con peligrosa usura  
os empeña, don Juan, esa hermosura.  
Decid, que yo os prometo  
que por mí no peligre ese secreto.

JUAN: Yo, amigo Conde, adoro  
la perla más que al nácar, más que al oro;  
al diamante que engasta  
la forma, más que a su materia. ¡Basta!  
Quiero decir con esto  
que adoro a un alma con amor honesto,  
tan libre de apetito,  
que aun el pensarlo juzgo por delito.

CONDE: Las gracias de un valiente entendimiento  
enamoran tal vez el pensamiento;  
y si él solo os recrea,  
la dama debe ser, don Juan, tan fea  
que el apetito os tasa  
y amando al dueño perdonáis la casa.  
¿De qué os sirven los ojos  
si estímulo no son de sus despojos?  
¿Tenéisla por hermosa?

JUAN: Llamen reina de flores a la rosa,  
a Apolo las estrellas,  
que ésta es la rosa y sol de todas ellas.  
Blasone golfos de oro  
la ninfa de Agenor que sobre el toro  
nombró a Europa por ellos.  
Diga la antigüedad que en los cabellos  
de Elena y de Lucrecia  
Arabias peinó Italia, Ofires Grecia.  
Frecuente agora el uso  
sutilizando el ébano difuso  
aunque el francés lo tache,  
cubra España sus sienas de azabache;  
que mi amorosa prenda  
ni el oro es bien que su cabeza ofenda,  
ni el ébano, que en hilos

de nuestra patria abona los estilos.  
Pues haciendo amistades  
estas dos encontradas cualidades,  
ni el sol podrá dar quejas  
de que su luz no mira en sus madejas,  
ni de ellas forma injurias  
el azabache natural de Asturias,  
pues de estos dos extremos,  
el medio hermoso dilatado vemos.  
Tan cándida la frente  
espaciosa, venusta, transparente,  
que en su alabastro puro,  
por lo exterior al centro conjetura,  
habitación hermosa  
del alma que organiza y, ingeniosa,  
asombra entendimientos,  
oficina de tales pensamientos.  
Dos arcos la rematan,  
y entrambos semi-esferas se dilatan  
sobre los ojos bellos  
que, en fe de los que matan,  
triumfante siempre, el niño dios en ellos  
quiso con muestras reales  
coronarlos también de arcos triunfales.  
Yo sé que si los vieras,  
para vivir mil veces mil murieras,  
porque con dulces ceños  
al paso que son graves son risueños.  
Desde ellos se origina  
un trozo de alabastro que termina  
las dos mejillas bellas,  
sutil la proporción, en medio de ellas.  
Y allí el jazmín nevado y clavellina,  
casados sus colores,  
auroras son del sol. ¡Si fueran flores  
los labios encendidos!  
Dos arcos pueden ser de dos Cupidos,  
y aunque purpúreo el fuego,  
la risa abrasa en ellos al sosiego.  
Alcaides son de nieve,

en nácares menudos que Amor bebe  
y en listas condensada,  
perlas los juzga el alma que abrasada  
se asombra suspensiva  
de que la nieve junto al fuego viva.  
Yo he visto en su garganta  
tanto marfil con alma, plata tanta,  
que en su comparación es etiopisa  
la que en Moncayo eterna no se pisa.  
Y está en sus manos bellas,  
cuyos dedos eclipsan las estrellas,  
que en oro las coronan,  
tanto puro candor, blancas blasonan,  
que apenas de mi amor podrán las penas  
juzgar si manos son o si azucenas.  
Su talle tan honesto  
tan airoso, bizarro, y tan dispuesto,  
que solamente el uso  
no la necesidad corchos le puso.  
Ves, Conde, este retrato  
de la hermosura, celestial ornato,  
pues con ser como pinto,  
mi amor del ordinario es tan distinto,  
que puesto que los ojos  
se deleitan tal vez en sus despojos  
sin detenerse en ellos,  
viriles sólo son viendo por ellos  
al huésped que en tal casa  
mi voluntad honestamente abrasa.  
¿No has visto en los antojos  
que con ser de cristal nunca los ojos  
en ellos se detienen,  
sino que por su medio a alcanzar vienen  
el objeto que intentan  
aunque hermosos la vista no violentan?  
Carlos, ¿nunca sediento  
te sirvió el vidrio puro de instrumento  
en que el agua sabrosa  
te brindaba la sed apetitosa?  
¿Hiciste entonces caso

del encarnado búcaro del vaso,  
 puesto que cristalino  
 mereció estimación por peregrino?  
 Deleitóle sin duda más de paso  
 porque solo tu fuego  
 pretendía en el agua tu sosiego.  
 Pues yo del mismo modo  
 tomo en el agua en que se cifra el todo  
 de mi amada belleza  
 y no paro por el fruto en la corteza.

CONDE: Bien dicen que es locura  
 amor; que en cada cual mostrar procura  
 el modo en que se extrema.  
 Mas, don Juan, cada loco con su tema.  
 Yo estoy también perdido  
 por cierta dama de quien habéis sido  
 tan acertado Apeles  
 que juzgo que cohechó vuestros pinceles,  
 porque es, don Juan, la propia  
 de quien me tiene loco vuestra copia;  
 puesto que estoy sujeto  
 no al abstracto cual vos, sino al concreto.

JUAN: ¿Qué? ¿Vos sois, Conde, amante  
 de hermosura a la mía semejante?

CONDE: Sirvo con tierno trato  
 una belleza de quien es retrato  
 la discreción que hicisteis,  
 de suerte que sospecho que quisisteis  
 darme con ella celos  
 si no es que Amor duplica paralelos.

JUAN: ¿Y sois correspondido?

CONDE: Recíproco favor han conseguido  
 mis dichas hasta agora,  
 puesto que honestamente me enamora.

JUAN: ¿Vive cerca?

CONDE: Hasta en eso  
 se logran coyunturas que intereso.  
 Bien cerca de aquí habita.

JUAN: Conde, si como a mí no os necesita  
 la fe del no nombrarla,

fiadme su noticia.

CONDE: Fuera darla  
ocasión de perderla.

JUAN: Y si yo os aseguro de tenerla  
de tal suerte escondida  
dentro del alma que jamás os pida  
justa satisfacción de esos agravios,  
privilegiada siempre de mis labios,  
¿por qué queréis causarme  
sospechas que se atrevan a matarme?

CONDE: Porque vuestro secreto  
engendra en mi temor el mismo efeto.  
Pintáisme vuestra dama  
y mientras me ocultáis cómo se llama,  
creyendo yo que es ella  
la misma que pretendo, una centella  
de celos es, bastante  
para abrasar al Troya de un amante.

JUAN: ¡Qué tanto se parece  
a la que os he pintado!

CONDE: No merece  
que otra alma ni otra vida  
en distintos sujetos las divida.  
La frente, los cabellos,  
las cejas, la nariz, los ojos bellos,  
las mejillas, la boca,  
el cuello hermoso de cristal de roca,  
las manos, cuerpo y brío,  
y el claro entendimiento, hechizo mío,  
todos son propiedades  
del bien que adoro, envidia de beldades.

JUAN: Pues, Conde, si es la propia  
que yo idolatro y que os mostró mi copia,  
¡desesperad cuidados,  
y advertid que acostumbran los sagrados  
de pura cortesía  
desvanecer tal vez la fantasía  
de verdes presunciones  
interpretando equívocas acciones!  
Yo sé que solo vivo

en su amoroso pecho. Yo recibo  
 favores sólo honestos,  
 al yugo casto del Amor dispuestos.  
 Y porque no os dé enfado  
 el presumirme necio confiado,  
 advertid que no ha un hora  
 que echando suertes, fue mi protectora  
 Fortuna de manera  
 que me cupo mi dama, y que me espera  
 por esto tan gustosa  
 que el parabién se ha dado de mi esposa.  
 Oíd el epigrama  
 con que la suerte a su favor me llama:

*Saca un papel don JUAN y léele*

"Tendrásle de celos loco;  
 mas vencerá tu firmeza,  
 que en premio de tal belleza  
 nunca mucho costó poco."  
 ¡Este me ensoberbece! ¡Esto me escribe!  
 CONDE: ¡Qué de engaños, don Juan, os apercibe  
 la propia confianza!  
 El mar y la mujer, todo es mudanza.  
 Ese favor, testigo  
 del gozo con que os veo, esa fineza  
 sorteada por vos fue sutileza  
 de un ingenio doblado que conmigo  
 como con vos procura,  
 siendo arte, persuadirnos que es ventura.  
 Antes que yo os hallara,  
 vino su confidente en busca mía,  
 y antes que pronunciara  
 las nuevas que entre engaños me traía,  
 disfrazando intereses en caricias,  
 me condenan en costas sus albricias.  
 Oíd la letra agora  
 común de dos, de quien os enamora:

*El CONDE refiere de memoria la misma letra que leyó don JUAN*

"Tendrásle de celos loco,  
mas vencerá tu firmeza,  
que en premio de tal belleza  
nunca mucho costó poco."

JUAN: Pues, ésa, ¿no es la misma que yo os dije  
que acaba de enviarme?

CONDE: Ésta os dirige  
y ésta me remitió, porque hay ya versos  
que sirven a propósitos diversos.  
Decid, don Juan, agora  
que ese sol, esa luna, que esa Aurora  
no alumbraba indiferente  
con una misma luz diversa gente.

JUAN: A tanta costa mía  
venció vuestra probanza mi porfía.  
¡Que si mi muerte instantes se dilata  
ni el basilisco mata,  
ni el rayo es homicida,  
ni el áspid salteador de nuestra vida!  
¡Remisa es la saeta  
que del arco caribe el aire inquieta,  
ni la enramada bola  
de bombardas flamenca o española  
mortal hileras tiende;  
ni la traición ofende,  
ni da el pesar desvelos,  
ni agravios turban, ni enloquecen celos!

CONDE: ¡Templaos, don Juan, templaos!  
¿A dónde vais furioso? Sosegaos,  
que ni de vuestra dama  
pudo eclipsar la encarecida fama,  
ni sé que su noticia  
materia pueda dar a mi malicia.  
Sólo la rectitud de vuestra llama,  
tan desnuda de afectos sensitivos  
que sin los incentivos

de vuestro amor, platónicos despojos  
 os cautivan el alma y no los ojos,  
 segura de deseos  
 bastó a obligarme agora por rodeos,  
 mentiras y quimeras  
 a sacar de estas burlas esas veras.  
 Ni la letra que os dije en su desdoro  
 os alborote o cause maravilla,  
 porque sólo el oílla  
 bastó para decíroslo de coro.  
 Gozad vuestros favores;  
 que libre estáis por mí de opositores.

JUAN: Conde, las amistades  
 no disfrazan engaños con verdades.  
 De vuestra fe con causa voy dudando  
 porque celos que abrasan, ni aun burlando...

*Vase don JUAN*

CONDE: Envidia tengo a este hombre.  
 Curioso, deseo ver esta hermosura,  
 esta exageración, esta pintura,  
 esta mujer sin nombre  
 que con tantos primores  
 usurpa a la retórica colores,  
 pincel la lengua y labios  
 de quien, ocasionando sus agravios  
 no ve cuan peligrosa  
 es la alabanza de la prenda hermosa  
 cuando otro está delante  
 que puede ser su amante,  
 y que la llama del Amor, curiosa,  
 ceba más su veneno,  
 que con el propio, con el bien ajeno.  
 Registraré advertido  
 sus pasos, sus acciones, su sentido,  
 hasta saber si son ponderaciones  
 o verdades en ella perfecciones  
 de tanta consecuencia.

Y si verdades son, tenga paciencia  
 quien el tesoro enseña al avariento,  
 brindar osa al sediento,  
 y a juventud ociosa, toda llama,  
 las perfecciones pinta de su dama.

*Vase el CONDE. Salen don ALONSO, viejo, y don PEDRO de camino*

ALONSO: Los brazos tengo de daros  
 segunda vez; los primeros  
 con los plácemes de veros  
 y esto es para gratularos,  
 yerno no, heredero sí,  
 hijo y de mi Elisa esposo.

PEDRO: Soy tan poco venturoso  
 que dudo aun viéndome así  
 por vos en ellos premiado  
 que se ha de lograr mi suerte.

ALONSO: No se blasone amor fuerte  
 si tiembla desconfiado,  
 ¿qué causa tan improvisa  
 os pudo llevar de aquí?

PEDRO: Es obedecer así  
 preceptos, señor, de Elisa.  
 En el parque una mañana  
 del abril, que en ella vio  
 más jazmines que pisó  
 el alba con pies de grana,  
 la signifiqué el deseo  
 que tenía de agradarla,  
 servirla e idolotrarla.  
 Y respondió, "No lo creo  
 mientras que no hagáis por mí  
 una fineza amorosa  
 al paso dificultosa  
 que estimable." Prometí  
 lo que acostumbra quien ama  
 y díjome, "Yo quisiera  
 que en estos tiempos hubiera

quien ausente de su dama,  
no siendo correspondido,  
tan firme y constante fuese  
que al que afirma desmintiese  
que la ausencia causa olvido  
de quien presente encarece  
su amor, su desvelo y fe.  
No hace mucho, pues, quien ve  
el objeto le apetece.

Obligadme en esto vos.  
Ausentaos y averigüemos  
el tiempo que no nos vemos  
cual es firme de los dos.

Y si acaso en la jornada  
que os olvidasteis escucho,  
no se os dé, don Pedro, mucho  
que no se me dará nada."

Fuése y dejóme, juzgad  
de qué modo, despreciado,  
con celos y desterrado;  
pero de su voluntad  
tan solícito albacea  
que aquel día me partí  
a Talavera, y allí  
en fe de lo que desea,  
puesto que con más firmeza  
mi amor que cuando la veía,  
obediente mi porfía  
como ingrata su belleza.

Permaneciera el amor  
que en su desdén solícito,  
a no haberme vos escrito  
tres veces que su rigor  
se enternece a vuestra instancia  
y que a mi fe agradecida  
a vuestro gusto rendida  
y leal a mi constancia  
darme la mano os promete.  
Esto de aquí me ausentó  
y esto me restituyó.

Siete meses, siglos siete  
 acreditan la fe mía  
 más firme en los desengaños  
 que Jacob en sus siete años  
 él presente, y yo sin Lía.

ALONSO: ¿Qué tanto ha que estáis aquí?

PEDRO: Ayer llegué.

ALONSO: ¿Y desde ayer  
 no fuera justo saber  
 vuestra venida?

PEDRO: Advertí  
 que siendo de noche y tarde  
 os fuera huésped pesado.  
 Allá os remití un criado  
 y no es mucho que os aguarde.

ALONSO: ¡Cortedad impertinente!  
 Venid, don Pedro, venid.  
 Seréis esposo en Madrid  
 de quien quereloso ausente,  
 y entretanto agasajado  
 de doña Ana, mi sobrina  
 que de mi casa vecina  
 ni poco ha solicitado  
 vuestro alegre casamiento.

PEDRO: Debo yo mucho a doña Ana.

ALONSO: Veréis a Elisa mañana.  
 [A prevenirla me ausento].

*Vanse don PEDRO y Don ALONSO. Salen doña ELISA, con un papel,  
 y CORAL*

ELISA: ¿Qué tantos extremos hizo  
 don Juan con la suerte y letra?  
 Coral, ¿qué tanto se holgó?

CORAL: Háse holgado de manera  
 que es un holgazón de gustos,  
 y si en Burgos estuviera,  
 fundaran sus holgaduras  
 diez conventos de Las Huelgas.

De los versos que te escribe  
sacarás como madeja  
el hilo por el ovillo,  
el mesón por la tableta.  
Léele y verás que te paga  
en décimas o espinelas  
diezmo su amor como a cura,  
alcabala sin que venda,  
diez por uno sin ser trigo,  
sisa sin tener taberna,  
y como alguacil de corte  
la décima de su hacienda,  
que son versos guarnecidos  
de aljófara, diamantes, perlas,  
nácares, púrpuras, lamas,  
soles, auroras, estrellas,  
rosas, jazmines, piropos,  
cóncavos, zonas, esferas,  
rasgos, amagos, contornos,  
giros, remedos, cometas,  
con todos los cachivaches  
que cuando el reloj se suelta,  
los cómicos de este siglo  
de golpe desenfardelan.

ELISA: ¿Pues tú también satirizas?

CORAL: ¿A quién no dará molestia  
tanto girón y retazo  
como hilvana una comedia?  
¿Viste mudar una casa  
cuando sobre una carreta  
la cargan de baratijas  
unas con otras revueltas?  
¿El escritorio y las ollas,  
las sartenes y rodela,  
el arcabuz y las naguas,  
los platos y la maleta,  
al alfombra y el orinal,  
la bota y la limpiadera,  
la tinaja y los retratos,  
las espadas y las ruelas?

¿Viste tocar las campanas  
 cuando una casa se quema,  
 y los frailes y alguaciles  
 por las ventanas y rejas  
 arrojar a trochemoche  
 cofres, estrados, carpetas,  
 libros, basquiñas, pinturas,  
 guitarras y sombrereras?  
 ¿Viste almonedas vulgares?  
 ¡Qué de vistas te dijera  
 a no darte el quid pro quo!  
 Digo ejemplos por sentencias.  
 Pues, siempre que oigas candores,  
 epiciclos, influencias,  
 crepúsculo, potulantes,  
 antípodas y diademas,  
 imagina que son trastos,  
 y carretón el poeta  
 cargado de triquismiquis.  
 ¡Que se muda! ¡Que se quema!

ELISA: Leo que estás formidable.

CORAL: Tú también formidoblencias  
 alguno de gongoriza,  
 pues te villamedianeas.

*Lee ELISA el papel*

ELISA: "Ya no puede ser severo  
 este mes ni su aspereza  
 pues retratándote empieza  
 en mayo agora el enero.  
 Felicidades espero  
 lograda con poseerte,  
 pues si estriban en quererte  
 gozos que mis dichas forman,  
 sola esta vez se conforman  
 en mí el amor y la suerte.  
 Si por suerte me cupiste,  
 ¿qué más suerte y más fervor?

Eternamente deudor  
de la Fortuna me hiciste.  
Mostrar, Elisa, quisiste  
que cuando más desvaría,  
burlando el tiempo porfía  
en mi favor experiencias,  
y que aun en las contingencias  
no puedes ser sino mía."

CORAL: ¿Qué te parece eso? ¡Sí  
que es decimar con llaneza  
y no andar pordiosando  
vocablos de Zeca en Meca!

*Sale don ALONSO*

ALONSO: Tan propicio a nuestras dichas,  
Elisa, el año comienza.

Mas vos, ¿qué buscáis aquí?

CORAL: (¡Concentainas y Palencias!) Aparte

ALONSO: ¿No habláis? ¿Qué queréis? ¿Quien sois?

CORAL: (San Tiento asista en mi lengua.) Aparte

Soy, señor, cierta persona...

(Persona, sí, mas no cierta Aparte

porque nunca estoy en casa...

ni persona, porque de éstas  
hay mucha falta en el mundo.)

Distilo quintas esencias,  
limpio dientes, curo callos,  
hago moños, saco muelas.

Llamóme desde el balcón  
una titular doncella  
que diz que lo son de anillo  
en la corte las caseras.

Fiéla, habrá cuatro días,  
diez reales de menudencias  
y vuelvo por la cobranza.

Señora, tiene la cuenta;  
vuestra merced la repase  
y quite en Dios y conciencia

lo que fuere exorbitancia  
que luego daré la vuelta.

*Vase CORAL*

ALONSO: Ya tenemos en Madrid  
a tu don Pedro y tan cerca  
que como a Píramo y Tisbe  
una pared nos le niega.  
Pero en tu silencio admiro,  
Elisa, y en la tibieza  
de tus ojos que sin gusto  
has recibido estas nuevas.  
La grana de tus mejillas,  
dirás que son nobles muestras  
que excusando cortedades  
te han enmudecido honestas;  
pero como esas colores,  
equivocando apariencias,  
de un mismo modo disfrazan  
al pesar y a la vergüenza,  
sólo pueden constrüirlas  
el discurso y la prudencia  
que en mí, esta vez estudiosa,  
fiscaliza tu modestia.  
Todas las que te he tratado  
de don Pedro, su nobleza,  
su amor, su caudal, su estima,  
su discreción y su hacienda,  
o mudas conversación  
o te finges indispuesta  
o con los ojos me dices  
lo que no osas con la lengua.  
Pues, Elisa, ya mis años  
necesitan de quien tenga  
cuidado de ti y mi casa,  
que me alivie y te merezca.  
Harto tengo que lidiar  
con ellos y sus molestias

sin añadir sobrecargas  
 desiguales a mis fuerzas.  
 Don Pedro es un mozo ilustre,  
 agradable en su presencia;  
 conózcole desde niño.  
 Seis mil ducados de renta  
 tiene en juro y heredades,  
 ni travesuras le inquietan,  
 ni juegos le desperdician,  
 ni amigos le desordenan.  
 Yo le tengo voluntad,  
 y es tanta la que te muestra  
 que no han bastado a mudarle  
 tus rigores ni su ausencia.  
 Yo sé cuan bien te ha de estar.  
 Ya te consta cuan mal lleva  
 mi condición rebeldías.  
 Excusemos resistencia  
 que la vecindad murmure,  
 porque quieras o no quieras  
 te tiene de ver mañana,  
 y esotro han de quedar hechas  
 sin falta las escrituras,  
 o salir la noche mesma  
 en un coche de Madrid  
 para un convento de Lerma.

*Vase don ALONSO*

ELISA:      Todo mal no prevenido  
               es precursor del desmayo.  
 Mata repentino el rayo,  
 y si no, quita el sentido.  
 Instantáneo rayo ha sido,  
 don Juan, mi padre crüel.  
 Mas privilegiame de él  
 mi firmeza inexpugnable;  
 que aunque a todos formidable,  
 no hiere el rayo al laurel.

Cuando de mi amor discuerde  
 y me amenazan congojas,  
 no porque tiemblan las hojas  
 el laurel su verdor pierde.  
 Siempre firme, siempre verde  
 sus rigores me verán  
 y, si en perseguirme dan,  
 la muerte es común remedio;  
 que mi amor no admite medio  
 entre la muerte y don Juan.

*Entra doña ANA*

ANA:       Permisiones de parienta  
 y llanezas de vecina  
 cuando el amor me encamina  
 y vengo a verte contenta  
           excusan autoridades  
 de criadas, manto, coche  
 y visitarte de noche.  
 Prima, nuestras amistades,  
           por causa tuya algo tibias,  
 se vuelven ya a restaurar.  
 Plácemes te vengo a dar  
 si es que con ellos te alivias  
           del esposo que por ti  
 mi casa admite gustosa;  
 porque de ser tú su esposa  
 me toca también a mí.  
           Perdona la mayor parte  
 pues nuestra dicha nos casa.  
 Entró don Juan en mi casa,  
 no sé si para buscarte,  
           e informóse, aunque turbado,  
 de tu don Pedro y de mí  
 que de Talavera aquí  
 viene casi desposado;  
           porque tu padre le avisa  
 de que ya menos crüel

quiere Amor lograr en él  
dificultades de Elisa.

Confirmaron sus recelos  
las cartas que le leyó  
y tu padre le escribió,  
mas no bastaron los celos  
a destemplan su cordura  
si bien nos dieron aviso  
de lo mucho que te quiso.  
Antes, con la compostura  
que debe a su discreción,  
gratulando al venturoso,  
dijo, "Digno es tal esposo  
de tan discreta elección."

Quedaron los dos amigos  
y yo lo quedé también.  
Hémonos querido bien.  
¿De qué sirvieran castigos  
que no me estaban a cuento  
y yo después padeciera  
si por uno que le diera  
había de llorar ciento?

No me ha cabido en el pecho  
este gozo hasta que tengas  
parte de él y te prevengas  
a lo que ya, prima, es hecho.

El alma a don Pedro aplica  
que, pues me caso y te casas,  
la vecindad de las casas  
mis bodas te comunica.

Y adiós, que vengo de prisa  
y es razón, mientras no sale  
mi huésped, que le regale  
por quien es y por su Elisa.

*Vase doña ANA*

ELISA: ¡Qué cobardes son, Fortuna,  
las desdichas que ocasionas!  
A cientos las eslabonas;

nunca vienen de una en una.

No fueras tan importuna  
 si crüel en sus aumentos  
 sin celos dieras tormentos;  
 pero, ¿qué bronces podrán  
 con ellos y sin don Juan  
 valerse de sufrimientos?

¿Yo ironías de doña Ana?

¿Yo de don Juan menosprecios?

¡Fuera, pundonores necios!

¡Fuera, obediencia tirana!

¿Mañana, cielos, mañana

prenda del que aborrecí?

¿Yo sin don Juan y él sin mí?

¿Dueño de quien me persigue?

¡Primero que al "sí" se obligue

un áspid llegue en el "sí"!

*Sale CORAL deteniendo a don JUAN*

JUAN: ¿Tú me impides? ¡Vive el cielo!

CORAL: Viva, pero no has de entrar.

JUAN: ¿Quieres que te dé la muerte?

CORAL: Llamaránte irregular.

JUAN: Apártate. No ocasiones...

CORAL: Tú las ocasiones das.

¡De noche y en casa ajena,  
 colérico criminal!

El viejo es tan avariento  
 de su honor y autoridad  
 que al punto que aquí nos vea  
 dará el grito garrafal  
 que todo el barrio convoque.

Don Pedro que los oirá,  
 pues no es sordo ni está lejos,  
 competidor puntüal,  
 ha de retar a Zamora.

Al duelo responderás  
 y, angulando con él tretas,

acabóse el amistad.  
 Elisa, su semi-esposa,  
 si te tuvo voluntad,  
 remitirá sus empeños  
 al valle de Josafat.  
 Doña Ana quede la tuya,  
 se soñaba dueño ya.  
 Si estelionatos cometes,  
 ¿qué ha de hacer sino rabiar?  
 Pues Leonor, la relamida  
 lanzadera del telar  
 de esta pretensión picote,  
 pues tejedora neutral  
 entre ti y tu concurrente  
 ha sabido enmarañar  
 lanas de color diversa,  
 negra aquí si blanca allá.  
 Siendo arrendajo de Elisa,  
 ¿quién duda que ha de bailar  
 al son que su ama la hiciera?  
 Y entrando la vecindad,  
 ¿contra tantas pechelingües  
 qué importa ser Fierabrás?  
 Ni, ¿qué fieltro es poderoso  
 contra tanta tempestad?  
 ¡Vuelta, vuelta los franceses!  
 ¡Oh, si en tus trece te estás!  
 Pues no comí las maduras,  
 vuélvame yo en haz y en paz  
 de la santa cobardía!

JUAN: En la templanza verás  
 con qué disparates te oigo,  
 el sosiego con que están  
 en mis agravios mis pasiones.  
 Sólo quiero gratular  
 resoluciones de Elisa  
 por lo bien que le estará,  
 a doña Ana a quien obligo  
 la airosa facilidad  
 con que redimo deseos.

¡Que empleo mi amor tan mal!  
 Tráigote en mi compañía  
 por si llega a preguntar  
 circunstancias de esta acción,  
 pues así me excusarás  
 de satisfacciones nuevas.  
 No estoy loco. Ténme en más.  
 Ven y escucha.

CORAL:                   ¿Das en eso?  
 Pues paciencia y barajar.

*Llega muy cortés don JUAN a ELISA que estará muy  
 suspensa*

JUAN:    Bésoos, señora, la mano.

ELISA:   ¡Jesús, señor! ¿Aquí estáis?  
 Suspensiones cuidadosas,  
 hijas de una novedad,  
 me excusan no haberos visto.

JUAN:    Como es dueño principal  
 de los sentidos el alma,  
 y en ella aposeionáis  
 al dichoso que os merece,  
 ¿quién duda que os llevará  
 para darle la obediencia  
 la vista que me negáis?  
 Tal vez si entra señor nuevo  
 en su casa, la lealtad  
 del ministro se descuida  
 de la puerta donde está  
 por irle a ver y a servir.  
 Lo mismo, señora, usáis  
 con los ojos, pues se olvidan,  
 aunque abiertos, de mirar.  
 Yo, también, interesado  
 en vuestra felicidad  
 por vecino y por pariente...  
 Si este título extrañáis  
 advertid que hemos de serlo

en grado de afinidad.  
 Vengo todo parabienes  
 de esperanzas que veáis  
 brevemente posesiones  
 y éstas duren siempre en paz  
 siglos que juzguéis instantes.

ELISA: En ellos, señor don Juan,  
 eternicéis con mi prima  
 tan cuerda conformidad;  
 que yo, mil veces dichosa,  
 con el deudo que me dais  
 el parabién os retorno.

CORAL: (¡Con salsa de para mal!)      Aparte

JUAN: Vengo a veros demás de esto  
 porque os quisiera excusar  
 lástimas impertinentes  
 que es fuerza que me tengáis  
 si no os desocupo de ellas;  
 porque si en vuestra beldad  
 tuvo acción no presumida  
 mi fe que os sirvió leal,  
 habiendo, Elisa, tampoco,  
 que pudiera blasonar  
 suertes felices, la suerte  
 que desmintió la verdad.  
 ¿Quién duda que permanezcan  
 cenizas para señal  
 de incendios que recién muertos  
 palpitando agora están?  
 Pues no, Elisa, no por esto  
 las sazones impidáis  
 que os ofrece la Fortuna  
 que no lo son con azar.  
 Mi libertad despedida,  
 ya de veras libertad,  
 para volverse a su centro  
 me anduvo anoche a buscar.  
 Encontróla vuestra prima  
 y, como la antigüedad  
 de criados que son fieles

reliquias suelen dejar  
 de afición en sus señores,  
 fue fácil en su piedad  
 que olvidando sentimientos  
 se volviese a acomodar.  
 No ha mejorado de dueño;  
 pero tan contenta está  
 que si os faltaran los gustos,  
 os lo pudiera feriar.

ELISA: Tenéis vos tan movediza  
 el alma que vida os da  
 que en dos días se envejece  
 violentada en un lugar.  
 Quien dueños a meses muda,  
 por más que sirva, no hará  
 palacios con azulejos.

CORAL: (Acoto con el refrán.)      Aparte

ELISA: No os tengo lástima a vos,  
 pues siendo la liviandad  
 tan propia cosecha vuestra  
 seguís vuestro natural.  
 A doña Ana, sí, y no poca,  
 que podrá con vos juntar  
 al pésame de perderos  
 los plácemes que la dan  
 segunda vez de adquiriros;  
 porque en vos tan cerca está  
 en materia de firmezas  
 el salir como el entrar.  
 Allá se lo haya su amor,  
 que el mío os puedo afirmar  
 que os echa tan poco menos  
 que no necesitarán  
 de pregoneros mis penas  
 para que os vuelvan acá.  
 Tiene ya dueño mi dicha  
 y, como mi voluntad  
 mañana ha de recibirle  
 donde eterno ha de habitar,  
 está despejada y limpia;

que fuera temeridad  
que hallara en su casa el dueño  
celos en qué tropezar.  
Estorbadlos vos en ésta  
porque si la frecuentáis,  
ni ha de estaros a vos bien  
ni a doña Ana sino mal.

JUAN: ¿Quisiéredes vos agora,  
contra la serenidad  
y quietud de mis afectos  
que vos infiernos juzgáis,  
que ofendida mi paciencia  
soltara todo el raudal  
de amenazas y locuras  
que acostumbran fulminar  
los agravios y los celos?  
¡Qué mal haréis si aguardáis  
desesperados arrojados,  
frenética tempestad  
de injurias y desafíos  
y esto de ingrata, desleal,  
crüel, inconstante, aleve,  
cera al fuego, pluma al mar,  
con todos los atributos  
de que tan llenos están  
los teatros cuando pintan  
a una dama y a un galán!  
Pues, creedme, a fe de libre,  
que a poder vos registrar  
lo que pasa acá en mi pecho  
donde ni estaréis ni estáis,  
os partiéredes corrida  
porque no se juzga ya  
si a amantes no desespera  
por valiente una beldad.

ELISA: Por vida vuestra que os creo;  
aunque en ver que os abonáis  
tan sin qué ni para qué  
me ha dado qué sospechar.  
¿Qué sería, si así fuese?

Que ya yo vi rotular  
 libros en el pergamino  
 que siendo de humanidad  
 pasan plaza de devotos.  
 Y en las Indias hay volcán  
 de nieve la superficie  
 y en el centro de alquitrán.

JUAN: Pues hagamos una cosa  
 vos y yo, porque creáis  
 cuan preservado me tienen  
 escarmientos de ese mal.  
 Yo quedaré por perjurio  
 y hombre de poco caudal  
 sin palabra ni nobleza  
 como vos propio hagáis  
 si pusiere en vos los ojos,  
 si llegare a preguntar  
 por vos en toda mi vida.  
 ¿Qué tal de gustos os va  
 si os quiere mucho don Pedro,  
 si fue su amor al quitar  
 y otras cosas a este tono  
 que ya por curiosidad,  
 ya porque recuerdos duran,  
 quien bien quiere suele usar?  
 ¿Qué respondéis?

ELISA: Que seré  
 en eso tan liberal  
 que del mismo pensamiento  
 os juro desde hoy borrar.  
 Y para que echéis de ver  
 que lo que determináis  
 es lo que yo apetecía,  
 añadido una cosa más  
 que os desengañe del todo.

JUAN: ¿Y es la cosa?

ELISA: Que os sirváis  
 de que doña Ana me elija  
 su madrina.

JUAN: Será igual,

Elisa, mi desempeño,  
 si me permitís honrar  
 siendo yo vuestro padrino.

ELISA: ¡Jesús! Con esto estarán  
 cabales todas mis dichas.

CORAL: (No tan bendito y cabal;           Aparte  
 que a fe que les viene apelo  
 aquello de "más mal hay  
 en el aldehuela, madre,  
 que se suena." Ello dirá.)

JUAN: En fin, ¿estamos conformes  
 los dos en esto?

ELISA: ¡Y qué tal!

JUAN: Quien se acordare primero  
 del otro...

ELISA: ...merecerá  
 descréditos de perjuro.

JUAN: Mucho haréis si lo juráis.

ELISA: ¿Yo? ¡Por vida de don Pedro!  
 Mas, ¿qué os pretendéis vengar  
 jurando la de mi prima?  
 ¿Que todo vuestro caudal  
 se cifra en aquese juro?

JUAN: Eso os debe de abrasar;  
 mas la vida de don Pedro  
 no es cosa en que mucho os va.

ELISA: ¿No? ¿Habiendo de ser mi esposo?

JUAN: Hasta agora libre estáis.  
 Yo sé que escondéis adentro  
 otro que os importa más.  
 Jurad por él o os creeré.

ELISA: ¿Y es?

JUAN: Por vida de don Juan.

ELISA: ¡Jesús! ¡Qué gran desatino!  
 No me acordaba de él ya.  
 ¿Vos no veis si por él juro,  
 que habiéndole de nombrar  
 pierdo con vos el apuesta?  
 Dios le perdone.

JUAN: Jurad

por vida de todo aquello  
que más queréis y adoráis.

ELISA: Don Pedro viene a ser ése.

JUAN: Si es don Pedro, ¿qué se os da?

ELISA: ¿Para qué he de repetirlo?

JUAN: ¡Qué engañosa que rehusáis!

Jurad por vida de Carlos.

ELISA: ¿Qué Carlos? ¿El de Roldán,  
o el español Carlos Quinto?

JUAN: Negad, Elisa, negad  
un Conde que en vuestras suertes  
sirvió de encuentro y azar  
para encumbrarse en mis dichas  
hallándose tan capaz  
en vos el alma que a un tiempo  
tres en ella aposentáis:  
a don Pedro, a mí, y al Conde.  
Y entre ellos mi libertad,  
más que todos infelice  
porque os supo querer más.

ELISA: ¿Qué Carlos? ¿Qué Conde es éste?  
¿Qué azares? ¿Qué encuentro?  
¿Estáis, don Juan, en vuestro jüicio?  
Desatino refrenad  
o ¡vive el cielo...!

JUAN: Sentís  
aprietos de la verdad.  
Que en fe, sirena, de serlo  
se tienen de rubricar  
con mi sangre.

ELISA: ¿En la daguita  
la mano? ¡Oh, qué singular  
paso para una comedia  
de las de veinte años ha!  
¡Don Juan, sosegaos! ¿Qué es esto?

JUAN: Si le has forzado, será  
él Lucrecio y tú Tarquina  
porque tengan ejemplar  
las matronas y matronos  
que hay Porcios si Porcias hay.

*Sale LEONOR*

LEONOR: Tu padre, prima y don Pedro  
entran a verte.

ELISA: Don Juan,  
dueño ingrato de mis ojos,  
mi prenda, mi bien, mi mal,  
yo te quiero, yo te estimo,  
yo te adoro. Cesan ya  
burlas que abrasan de veras.  
Paren enojos en paz.  
Éntrate en ese aposento  
y en él oculto, serás  
testigo de las finezas  
de un amor por ti inmortal.

JUAN: ¿Si te casas? ¿Si me olvidas?

ELISA: Por la luz universal  
del sol, padre de las otras,  
por la vida que me das  
viéndote amante y con celos,  
y por ti, mi bien, que es más;  
de adorarte eternamente  
sin que se atreva a borrar  
el carácter de mi fe  
toda la severidad  
e inclemencia de los cielos.

JUAN: En efecto, ¿no serás  
de don Pedro?

ELISA: De la suerte  
que el traidor dé la lealtad,  
que el infierno dé la gloria,  
que la guerra dé la paz.

LEONOR: ¡Que entran, señores, que llegan!

ELISA: ¡Ay, mi bien! Si la beldad  
de doña Ana me compite,  
¿qué he de hacer?

JUAN: ¿Cómo podrá  
contra el sol la noche negra



---

## JORNADA SEGUNDA

---

*Sale el CONDE como de noche y LEONOR*

CONDE: Tengo un poco que deciros.

LEONOR: ¿Vos a mí? Viniera bien,  
si yo fuera Inés, aquello  
de "un poco te quiero, Inés."

CONDE: Decís verdad; mas no sufre  
la prisa con que me veis  
el remate de la copla,  
"yo te lo diré después"  
porque si esta ocasión pierdo,  
la esperanza perderé  
que en vuestro favor estriba.

LEONOR: Terrible tiempo escogéis,  
mi señor. Es esa sala,  
que divide esta pared,  
con su hija y con don Pedro,  
hoy su yerno ausente ayer,  
conciertan las escrituras.  
Y están presentes con él  
su sobrina y de ambas partes  
deudos que han venido a ser  
agentes de nuestras bodas.  
Pues la hora... ya lo veis.  
El reloj las doce ha dado  
y vinieron a las diez.

*Échale el CONDE en la manga un bolsillo*

¡Ay! ¿Qué es esto que en la manga  
suena?

CONDE: No os alborotéis  
que aunque pesan no son cantos  
que os descalabren.

LEONOR: ¿Pues, qué?

CONDE: Unos pocos de doblones  
para que facilitéis  
deseos; que cumple a damas  
la calle del interés.

LEONOR: ¿En el siglo de vellón  
doblonos? Vos entraréis  
mejor, si así granizáis,  
que el planeta ginovés.  
Baldada me habéis cogido  
del manjar que siempre fue,  
cuando se hace el amor hombre,  
codillo de la mujer.  
¡No hay oros en todo el mundo!  
Mirad como no daréis  
un todo en aquesta casa.  
Hablad, servid, pretendid;  
que aunque amantes peregrinen,  
dos primero, y con vos tres  
deseosos de alcanzar  
la villa del bienquerer  
llegaréis primero que ellos  
pues a la posta corréis  
por la senda de Galiana,  
vos volando, ellos a pie.  
Parecíisme un pino de oro  
pues fruto de oro escogéis,  
y ellos, en fe de difuntos,  
cada cual será un ciprés.  
¿Amáis a Elisa o a doña Ana?

CONDE: Antes que noticia os dé  
de mi amor, que en vos consiste,  
deciros quién soy es bien.

¿Conocéis al Conde Carlos?

LEONOR: Conde Claros sois? ¿Tendréis

el nombre como las obras  
 porque no puede ofrecer  
 estrellas de oro, doblones,  
 sino un cielo cuando esté  
 claro como un Conde Claros  
 cual vos. Oí encarecer  
 a un don Carlos, señoría  
 nuestro vecino, de quien  
 dicen que si el nombre es César,  
 en el obligar es rey.

CONDE: Y sacaré verdadera  
 con vos esa fama. Haced  
 mis partes, y si se logran,  
 Leonor mía, no cuidéis  
 de vuestro dote y ventura.

LEONOR: Bésoos las manos y pies,  
 que atada de ellos y de ellas  
 vuestra esclava soy.

CONDE: Oíd, pues:  
 exageróme un amigo  
 que tengo y vos conocéis  
 con tanto extremo esta noche  
 la dama a quien quiere bien.  
 Tanto encareció sus partes,  
 tan suspenso le escuché,  
 tan ponderativo anduvo,  
 tan curioso yo con él  
 que ausentándose de mí  
 sin dármele a conocer,  
 en su retrato mi envidia  
 pienso que puso el pincel.  
 Como de la novedad  
 hija la admiración es,  
 y ésta madre del deseo,  
 juzgad de tanta preñez  
 cual saldría el apetito!  
 Porque en mí fue tan crüel  
 que obediente a sus impulsos  
 su amistad atropellé.  
 Hice seguirle a un criado.

Fue diligente tras él.  
Vióle en casa de doña Ana.  
Que la amaba sospeché.  
Digna fuera su hermosura  
de abrazarme, a no saber  
que don Juan adora a Elisa;  
porque saliendo después  
de con doña Ana, turbado,  
en la calle le escuché  
fulminar con quien le sirve  
las locuras que un desdén,  
un olvido, una mudanza,  
suele arrojar de tropel.  
Impedíale el criado  
la entrada, por conocer  
el riesgo de sus arrojos;  
pero tan en vano fue  
que a pesar de sus avisos,  
yo mismo le vi poner,  
ciego, la mano en la daga  
y en sus umbrales los pies.  
Entró, en fin, habrá dos horas  
mas no salió. Vos sabréis,  
como confidente suya,  
Leonor, lo que se hizo de él;  
que yo, con celos primero  
que amante, un rato dudé  
a las puertas de la calle  
entre celoso y cortés  
si entraría o no entraría  
hasta que por no ofender  
la quietud de quien adoro  
mis deseos retiré.  
De su padre y de don Pedro,  
don Álvaro y don Miguel,  
doña Ana y otros amigos,  
entre todos cinco o seis  
que son los que están agora,  
conforme dicho me habéis,  
haciendo las escrituras

y dándola el parabién,  
 disimuléme criado  
 con los demás y llegué  
 a la presencia de Elisa,  
 mereciendo en ella ver  
 tanto cielo, gracia tanta  
 que en don Juan quedó esta vez,  
 aunque dijo cuanto pudo,  
 avaro el encarecer.

Yo la adoro, Leonor mía,  
 yo estoy loco. Podrá ser  
 que cuanto más imposible  
 mis esperanzas la ven,  
 me parezca más hermosa.

Sin ella, no lo dudéis,  
 es la vida en mí tan ardua  
 como cortado el clavel,  
 como sin calor el fuego,  
 como sin su esfera el pez,  
 como el pájaro sin aire,  
 como sin agua el bajel.

Vos sola, Leonor piadosa,  
 Leonor cuerda, Leonor fiel,  
 Leonor...

LEONOR:           Vuestra soy. Decid,  
 Conde, y no me leonoréis.

CONDE:    Vos sola sois mi remedio.  
 Vos tenéis, sola, poder  
 para conservar mis años  
 en el mayo en que los veis.  
 ¿No es mejor para condesa  
 la hermosa Elisa? ¿No es  
 mejor para señoría,  
 Leonor, que para merced?  
 Pues con una acción no más  
 que esta noche ejecutéis,  
 ella os deberá mi estado,  
 yo la vida os deberé.

LEONOR:    Conde, decid, que doblones  
 en manga deben de ser,

por San Juan, granos de helecho,  
pues desde que los toqué  
os quiero más que a mis ojos.

CONDE: Quinientos de ellos tendréis,  
seguros para casaros.  
Oídme y proseguiré:  
don Pedro, Elisa y su padre,  
y los demás que sabéis,  
con las escrituras que hacen  
quieren mi sepulcro hacer.  
En el semblante de Elisa,  
que siempre del alma fue  
intérprete fidedigno,  
el pesar eché de ver  
con que estas bodas permite.  
Con causa maliciaré  
de que don Juan ocasiona  
la pena con que la ven.  
Si vos, antes que se firme  
el riguroso papel,  
alegando nulidades,  
por mi esperanza volvéis  
diciendo fuisteis testigo  
de que su palabra y fe  
me dio con la mano hermosa  
y que no consentiréis,  
que por temor del peligro  
quebrando al cielo la ley  
que en estos casos dispuso  
vos por ella os condenéis,  
sus intentos estorbáis,  
yo, en fin, resucitaré.  
Vos tendréis en mí un esclavo  
y a Elisa redimiréis  
de la vejación que llora,  
pues sosegadas después  
pesadumbres y alborotos,  
claro está que ha de querer  
a un conde más que a un don Juan  
su padre, y que vos seréis

gratificada de todos  
y estimada en más después.  
¿Qué decís?

LEONOR:           Que ya es más caro,  
Conde, de lo que pensé  
el oro que me enmangasteis;  
pero, ¿qué tengo de hacer?  
No me tengáis por ingrata.  
Cuanto mandáis cumpliré.  
Comprada soy que no mía.  
Vos fuisteis mi mercader;  
mas si al ímpetu primero  
pretende el viejo crüel  
ser en mí leonoricida,  
¿quién me podrá socorrer?

CONDE:   Yo, Leonor, yo que he de estar,  
si advertida me escondéis  
donde de vuestras agencias  
siendo testigo sea juez.  
Cuando intenten agraviaros  
los unos y otros, saldré  
a sacaros verdadera;  
pues es forzoso que os den  
crédito viéndome oculto  
en casa, con que podréis  
libraros vos de su enojo,  
y yo sus dudas vencer.

LEONOR:   Alto, nunca las hazañas  
discursivas han de ser.  
Todo consejo es cobarde  
porque padre del miedo es.  
Entraos en ese aposento  
que es donde duermo, y poned  
toda el alma en los oídos.  
Sabrán lo que me debéis.  
(En el otro está don Juan.   Aparte  
A pares empieza el mes.  
¡En mi casa las tramoyas!  
Conde es Carlos, yo mujer;  
doblones los que me hechizan.)

¿Entráis?

CONDE: Entro para hacer  
vuestra fortuna envidiada.

*Entra el CONDE*

LEONOR: Dios vaya conmigo, amén.

Mas todos salen acá.

Ocasión, Amor, me dé

en que encaje mis mentiras

y me saque de ellas bien.

*Salen don ALONSO, don PEDRO, doña ANA, ELISA y otros*

ALONSO: Elisa, no ocasiones

sospechas a tu fama;

que ni te han de valer tus evasiones,

ni a quien con tantas veras y fe te ama

consentiré quejoso;

pues vino con gusto a ser tu esposo.

ANA: Prima, si ésta no es tema

y quieres a don Pedro, ¿qué hay que tema

la dilación de un día que encareces?

Quien liberal da luego, da dos veces.

ELISA: Deja para los viejos,

pues que no peinas canas, los consejos

si no es que interesada

te importa el verme a mi pesar casada.

Conozco lo que medro

feliz consorte del señor don Pedro,

y estoy reconocida

al amor que me muestra,

mas tengo prometida

una novena a la patrona nuestra

de Atocha, y así trato

que se queda por hoy este contrato.

ALONSO: Harás la desposada

con más quietud y menos registrada;

que aunque las estaciones  
son tan santas de suyo, hay ocasiones  
en que las juventudes  
profanan oraciones y virtudes,  
y pocas hay que apenas  
no saquen verdadero a quien decía  
"Haberse de llamar," cuando las veía,  
"en [las muchas] novenas, las nobuenas."  
No apures mi paciencia.  
Firma esas escrituras  
o apercibe tu loca resistencia  
a un convento de Lerma en que tus tías  
en su clausura culpan tus porfías.

ELISA: Escojo, pues a mi elección lo dejas,  
por mejor que entre rejas  
sujeta siempre viva  
que a quien no tengo amor servir cautiva;  
pues si uno y otro al fin es cautiverio,  
más noble me le ofrece un monasterio,  
y más vale medrando eterno nombre  
ser esclava de Dios que no de un hombre.  
Y porque creas cuán constante afirmo  
la determinación de tus venganzas,  
rasgo en estos papeles esperanzas;

*Rásgalos*

que de esta suerte yo violencias firmo.

ALONSO: Detén, inadvertida.

*Saca la daga*

la mano, si no intentas que en tu vida  
mi enojo satisfaga.

LEONOR: ¿Está en sí, vuestasted? Meta la daga,  
que siendo tan cristiana mi señora,  
(La chanza encajo agora.) Aparte  
y esposa de quien burlan, presumidos,

no ha de tener a un tiempo dos maridos.

ALONSO: ¿Qué dices?

PEDRO: ¿Cómo es eso?

ELISA: ¿Estás en ti, Leonor?

LEONOR: Todo mi seso

está como solía.

Señores, mi señora es señoría.

Un conde la confiesa;

él por su esposa y yo por mi Condesa.

Ayer le dio la mano

besándosela amante y cortesano.

Yo fui cura y testigo.

*Aparte doña ELISA y LEONOR*

ELISA: ¡Desatinada, advierte...

LEONOR: Ve conmigo.

ELISA: ...que está don Juan oyendo tus quimeras,  
y que ha de imaginar que hablas de veras.

*En voz alta*

LEONOR: En balde me cohechas al oído.

Más quiero mi conciencia. Tu marido  
es el conde don Carlos.

*A doña ELISA*

Ve conmigo, que así puedes burlarlos.

ALONSO: ¿Qué conde o desventura?

LEONOR: Esto es notorio.

Delante de mí se hizo el desposorio.

¿De qué forman espantos?

¿Es mucho un conde donde sobran tantos?

Él jura, endoselando estas paredes,

en señorías mejorar mercedes.

Y que apetezca yo, no es maravilla,

ver las espaldas vueltas a una silla.

ALONSO: Ya digas la verdad o ya estés loca.

Tu atrevimiento mi furor provoca  
a que en tu sangre vil...

LEONOR: ¡Jesús, María!

¡Conde, vuelva por mí Vuesaseñoría!

*Sale el CONDE*

CONDE: La voluntad, caballeros,

que el cielo quiso eximir  
de humanas jurisdicciones  
no ha de violentarse así.

Elisa, en cuya belleza  
elíseos deleites vi,  
puesto que allá vive el gozo  
y acá el amarla es vivir,  
piadosa admitió finezas  
del alma que la rendí.

¡Corta oferta un alma sola  
quien quisiera darla mil!  
Poco más debe de haber  
de un mes que por competir  
con el sol, salió en un coche  
ella flora y él jardín  
a dar nueva vida al Prado.

Pues, volviéndole a vestir  
de yerba y rosa soberbio,  
vio por noviembre su abril.  
Todas las ponderaciones  
que en los versos aplaudís  
cuando idiomas adulteran  
nuevos modos de escribir  
pudieran, si la pintaran,  
lograr su elocuencia aquí;  
mas, ¿para qué os la retrato  
si a su origen asistís?

Sin libertad desde entonces  
diademas apetecí  
felices a coronar  
su hermosura emperatriz.

Dila parte de mis penas,  
solicité, pretendí  
sin perdonar circunstancias  
que suele el amor lucir.  
Correspondiólas afable  
porque echó de ver que en mí  
eran una misma cosa  
el ponderar y el sentir.

La víspera de año nuevo  
echó suertes y salí  
por elección de los hados  
su amante, y anoche en fin  
me intituló su consorte  
tan rendida, tan feliz  
que en nuestras manos amor  
nuestras almas vino a unir.

Avisóme de la ofensa  
en que todos incurris  
tiranizando su imperio.

Caballeros advertid:  
que es mi esposa, que es Condesa,  
y que si lo resistís,  
será fuerza el defender  
mi acción y fama o morir.

ALONSO: Conde, entre los generosos  
siempre ha sido acción civil  
hurtar el cuerpo a las leyes  
y al sol el rostro encubrir.  
Ilustre os conoce España,  
conde, os venera Madrid,  
rico Fortuna os conserva,  
la edad en vos es abril;  
mas aunque por tantas partes  
calidades presumís,  
no son menos las que Elisa  
nos debe al cielo y a mí.  
Valor, juventud y hacienda  
tiene igual; sólo añadís  
un título que aunque honroso  
no es difícil de adquirir.

Si a Elisa, pues os iguala,  
 conde, amáis como decís  
 un mes ha con fin honesto,  
 pudiéndomela pedir  
 seguro de vuestro abono,  
 ¿por qué de noche venís  
 a usurpar jurisdicciones  
 y esperanzas deslucir?  
 Intenten pobres plebeyos  
 medrar por medio tan vil  
 calidades a sus casas  
 ennobleciéndose así  
 que es lo que disculpa en ellos.  
 Viene a ser, pues lo seguís,  
 defecto vituperable  
 digno en vos de corregir.  
 Oblígueos, pues sois tan noble,  
 la templanza a que advertís  
 a pesar de mis ofensas  
 en mi enojo, y elegid  
 a satisfacción de partes  
 esposa con quien vivir  
 sin que menosprecios llore  
 después si os arrepentís;  
 que amores no consultados  
 y bodas sin prevenir  
 pronostican las más veces  
 buen principio y triste fin.

ELISA: Señores, ¡qué disparates!  
 ¿Me pretenden consumir  
 el seso con la paciencia?  
 Yo, ¿cuándo os correspondí?  
 ¿Cuándo os tuve por amante?  
 ¿Cuándo, conde, os llegué a oír  
 deseos que me venciesen?  
 ¿Cuándo os hablé? ¿Cuándo os vi?

*LEONOR habla aparte a doña ELISA*

LEONOR: ¡Que lo echamos a perder,  
 señora! ¡Pobre de mí!  
 El conde viene a librarle  
 con este ingenioso ardid  
 de tu padre y de don Pedro.  
 Por don Juan ha entrado aquí  
 que es íntimo en sus amores.  
 Si esta vez sabes fingir  
 date por libre y dichosa.

*LEONOR habla aparte a doña ANA*

Señora, sólo por ti  
 me engolfé en esto. Si el conde  
 a Elisa llega a adquirir  
 te queda libre don Juan.  
 Que es su esposo el conde di,  
 y dale todo por hecho.

ELISA: (¿Hay quimera más sutil?      Aparte  
 Lo que Leonor me aconseja  
 está de perlas.)

ANA: (Salid,      Aparte  
 Amor, a la causa vuestra;  
 que si llegáis a impedir  
 que don Juan de Elisa sea,  
 mi esperanza conseguí.)  
 El callar es ya culpable,  
 señores, y el resistir  
 al cielo y temeridad.  
 Con Leonor testigo fui  
 de cuanto ha propuesto el conde.  
 Él la dio el alma, ella el sí;  
 conformidad las estrellas,  
 la noche ocasión y, en fin,  
 don Pedro culpe a sus hados  
 y téngase por feliz  
 esta casa, pues, merece  
 dueño tanto.

ALONSO: ¡Que por ti,

inadvertida, liviana,  
 haya mi honor de salir  
 a la vergüenza! ¿Qué dices?  
 ¿Qué respondes?

ELISA:                   Que encubrir  
 tan manifiestas verdades  
 no es posible; que seguí  
 los consejos de doña Ana  
 sin poderme persuadir  
 a querer bien a don Pedro,  
 y que el conde vive en mí.

*Sale don JUAN*

JUAN:           Ya es infame el sufrimiento.

Déjame salir a dar  
 desahogos al pesar,  
 avisos al escarmiento.  
 Pretender que en el tormento  
 sufra las penas atroces  
 la congoja y no dé voces  
 con el agravio es lo mismo  
 que amansar sobre el abismo  
 los huracanes veloces.

    Quien quiere en los evidentes  
 ímpetus de la violencia  
 que esté oculta la paciencia  
 y los agravios patentes,  
 llegue a enfrenar las corrientes  
 que entre desatados hielos  
 forman airados los cielos,  
 reprima el fuego en los bronces.  
 Podrá ser que amanse entonces  
 la tempestad de los celos.

    Todos me habéis ofendido;  
 de todos juntos me quejo:  
 de la imprudencia de un viejo  
 por avaro inadvertido;  
 de un amigo fermentido

que, vuelto competidor,  
Vellido fue de mi amor;  
de un amante que pretende  
obligar a quien ofende  
por los medios del rigor;  
de una olvidada hermosura  
que siendo noble se venga  
y porque efecto no tenga  
mi amor turbarle procura  
de quien fue mi ventura  
solícita intercesora  
y ya a mi fe burladora  
su lealtad osó vender  
que no es infamia ya el ser  
por el interés traidora;

de mí mismo que creí  
en la duración liviana  
de la flor, la sombra vana,  
del sueño, del frenesí,  
de Elisa, en fin, a quien di  
crédito y fe sin temer  
que en su leve proceder  
es, de las mudanzas dueño,  
flor, frenesí, sombra, sueño,  
la palabra en la mujer.

No ha un hora que me juró  
con afectos apacibles  
atropellar imposibles  
que en mi favor despreció.  
No ha media que me escondió  
donde la creí diamante.  
No ha un instante que inconstante  
anegó mis esperanzas.  
¡Considerad las mudanzas  
de una hora, media, un instante!

Todos mi mal prevenís.  
Loco por todos parezco.  
A todos os aborrezco  
pues todos me perseguís.  
Si estos oprobios sentís,

venid a contradecirme.  
 Sígame el necio que afirme  
 que no es infeliz quien ama,  
 que Amor su imperio no infama  
 y que hay hermosura firme.

*Vase don JUAN*

PEDRO:      Prevención discreta ha sido,  
 Elisa, la que hecho habéis;  
 pues, porque os sobren tenéis  
 en cada sala un marido.  
 De los tres que hemos venido  
 podéis a gusto escoger  
 y esta casa no temer  
 lo que muchas necesitan  
 si las que poco se habitan  
 a pique están de caer.  
     ¡Tanto huésped encerrado!  
 ¡Notable capacidad  
 tiene vuestra voluntad  
 pues a tres lugar ha dado!  
 Puesto que he sido llamado  
 renuncio el ser escogido.  
 En Talavera he vivido,  
 en ella de mí os servid  
 aunque aquí y allá advertid:  
 se quiebran de una manera  
 los platos de Talavera  
 y las damas de Madrid.

*Vase don PEDRO*

CONDE:      Ya, señora, dificulto  
 lo que antes facilité  
 aunque crédito no dé  
 a vislumbres de esta insulto.  
 ¡Pero a tal hora y oculto

en vuestra casa don Juan!  
 Permisiones de galán  
 exceden del justo extremo.  
 No os culpo yo, pero temo  
 peligro del qué dirán.

*Vase el CONDE*

LEONOR: (Miedos, ¿qué hacemos aquí Aparte  
 si en esta tempestad toda  
 soy la vaca de la boda  
 y ha de llover sobre mí?  
 Por el conde me perdí,  
 de él me voy a socorrer;  
 y cuando no pueda ser,  
 pues a embelecocos me atrevo,  
 oficio conmigo llevo  
 que me gane de comer.)

*Vase LEONOR*

ANA: Prima, por verte en altura  
 que a tus deudos nos honrase,  
 procuré que se casase  
 con un conde tu hermosura.  
 El amor todo es ventura.  
 No la supiste tener.  
 Don Juan te ha echado a perder  
 y es quien de ti más se ofende;  
 que quien todo lo pretende  
 todo lo viene a perder.

*Vase doña ANA*

ELISA: En tu silencio, padre generoso,  
 conjeturo señales  
 del pesar congojoso

que crece a la medida de tus males,  
pues cuando es tan valiente  
de mucho sentimiento no se siente.  
Esto causan agravios desiguales  
y yo, en la ocasión de ellos inocente  
al paso que culpada,  
el cuello rindo a tu pasión airada.  
Mas óyeme primero, no clemente  
sino ofendido sabio.  
Sabrás en qué estoy libre, en qué te agravio,  
y seré en la opinión que me desdora  
de mí misma fiscal y defensora.  
Un año ha, poco más, que agradecida  
a finezas de amantes  
rendí a don Juan la voluntad y vida  
con afectos de amor tan semejantes,  
con tal conformidad de corazones,  
que, si fueran verdad las opiniones  
que afirman haber sido  
la mujer y el varón un cuerpo solo  
y haberlos dividido  
severo el dios progenitor de Apolo,  
creyera mi cuidado  
que de don Juan me habían separado  
y que en los dos las almas, dos mitades,  
deseaban unir sus voluntades.  
Al mismo tiempo, pues que me inclinaba  
a don Juan, a don Pedro aborrecía  
con tanto extremo que...¡si le pintaba  
mi ciega fantasía!  
Y opuesta a su deseo  
tan inclinados tus afectos veía  
a que mi amor en él hiciese empleo.  
Desmayos de la muerte  
el alma me asustaban  
sintiendo el no poder obedecerte  
y sólo con la vista se aliviaban  
de don Juan, que no ofrece  
la humana medicina  
pítima tan cordial y peregrina

como el ver a quien ama quien padece.  
Ausentóse a mi instancia  
don Pedro y, ya seguro de él mi amante  
en su fe y mi constancia,  
labraba Amor finezas de diamante.  
Sentiste verle ausente,  
permitiste obediente  
que volviese a Madrid. ¡Qué desatino!  
A desposarse vino,  
desesperó esperanzas quien adoro  
y perdiendo el decoro  
a su cortés templanza,  
aumentó con sus ansias mis desvelos.  
Sólo quien tiene amor perfecto alcanza  
las congojas rabiosas de los celos.  
Causómelos doña Ana.  
Vivir yo sin don Juan fuera imposible.  
Aseguréle humana.  
Redujéle apacible.  
Entraste a hacer las tristes escrituras.  
Prosiguió mi don Juan en sus locuras.  
Temí que si le vieses  
descrédito a mi fama honesta dieses.  
Resistí tu violencia rigurosa.  
Salió, no sé de donde  
ni quien le ocultó en casa, aquece conde  
que mi opinión lastima.  
Mintió Leonor, mintió también mi prima  
en lo que falsa alega;  
que es ciego Amor y hasta los nobles ciega.  
Ocasiónóme a enojos  
porque en mi vida puse en él los ojos.  
Afirmóme Leonor que fiel amigo  
de don Juan me procuraba  
ver si con tal engaño me libraba  
de don Pedro. Por esto que soy, digo,  
esposa de ese Carlos.  
Salió don Juan celoso.  
Multipliqué peligros por obrarlos.  
Lo seguro arriesgué por lo dudoso.

La verdad te he propuesto.  
 El medio elige agora más honesto.  
 Ya a morir me apercibas,  
 ya ausente de tus casa vengativas  
 de Madrid me destierres,  
 ya entre paredes trágicas me encierres,  
 o ya, advertido sabio,  
 reduzcas con don Juan a amor tu agravio.

*De rodillas*

A tus plantas rendida  
 la cabeza te ofrezco con la vida.  
 Lastime al escarmiento  
 la libertad que oprime a un convento,  
 a don Juan toda el alma, que si es suya  
 forzoso es que a su amor se restituya;  
 pero a don Pedro, al conde inadvertido,  
 con desdén inmortal eterno olvido.

ALONSO: Ya está, indiscreta Elisa,  
 en estado tu fama  
 que da al remedio prisa,  
 y cuando de tu amor la ciega llama  
 obligarme pudiera  
 a que don Juan te diera,  
 de puro pretendida  
 ninguno hay que te quiera  
 porque vale el honor más que la vida.  
 Oculto el conde Carlos  
 que en fe de ser tu esposo  
 presenta, verdadero o mentiroso,  
 testigos que no puedes recusarlos,  
 ¿de qué suerte pretendes  
 que don Juan, a quien amas cuando ofendes,  
 arroje a la malicia  
 el honor, vidrio al fin tan delicado  
 que al aliento no más le mancha, quiera  
 vil para todos una vez quebrado?  
 Haz el mismo argumento

del conde que ofendido  
vio salir a don Juan de tu aposento,  
en él por tu imprudencia conducido.  
Y mira, cuando amaras  
a don Pedro y mi gusto obedecieras,  
¿cómo le persuadieras  
desmintiendo apariencias que tan claras  
nuestra opinión lastiman?  
¿Y es bien que tiemblen los que su honra estiman?  
Pocos serán mis días.  
Presto dará esta pena cabo de ellas.  
En Lerma están tus tías.  
Déjame con sosiego fenecellos  
y vive tú entre tanto  
cuando no religiosa, retirada.  
Estarás, si no alegre, regalada  
mientras Madrid, apetecido encanto,  
este desaire olvida  
y elegirás, en viéndome sin vida,  
a gusto tuyo estado:  
ya de don Juan esposa  
o ya, con más acuerdo, religiosa.  
Segura mi vejez de este cuidado,  
prevenirte procura  
que Madrid con no verte  
al vulgo enfrenará si te murmura,  
pues si se olvida todo con la muerte  
y la ausencia retrato suyo ha sido,  
podrás ausente ocasionar su olvido.

ELISA: ¡Tan sabio medio ofreces!

ALONSO: No me agradezcas lo que no mereces.

Por mi honor me reporto.

Ocupa el plazo corto,

Elisa, en prevenirte

porque dentro de una hora has de partirme.

*Vase don ALONSO*

ELISA: ¡Ay, caro don Juan mío,

ofendido te dejo!

¿Cómo es posible si de ti me alejo

yo toda amor, tú todo desvarío,  
que no muera impaciente  
quien a un tiempo es culpada e inocente?

*Vase doña ELISA. Salen LEONOR y doña ANA*

LEONOR: Esto es todo lo que pasa.

ANA: En efecto, ¿que tú fuiste  
la que a Carlos escondiste?

LEONOR: Ocúltéle por ti en casa  
y, de ella salgo por ti,  
huyendo.

ANA: Mientras la mía  
de ti su esperanza fía,  
en ella tendrás, y en mí,  
la acción que yo. Y, si don Juan  
hace caso de su honor  
y paga mi honesto amor,  
mis dichas te deberán  
las medras de nuestro engaño.

LEONOR: Ten por cierto que no esté  
en Madrid quien más te dé  
pesares en todo este año.  
Yo vi a sus puertas el coche  
con las mulas de camino;  
que ha de sacarla imagino  
el viejo esta misma noche.

ANA: Logre mis dichas, Amor  
y sáqueme de estas olas.

*Sale don JUAN*

JUAN: Pésame no hallarte a solas.  
Retírate allá, Leonor.

LEONOR: (Bueno se le va poniendo Aparte  
el ojo al hacha. ¿Ya están  
los amores de don Juan  
de otro temple? No lo entiendo.)

*Vase LEONOR*

JUAN: Doña Ana, yo necesito  
de tu amor y tu consejo.  
Herido a don Carlos dejo,  
castigo de su delito.  
Aguardéle en esa calle;  
ciego me salió a buscar.  
La razón me pudo dar  
aceros para sobralle.  
Enemigo es poderoso,  
peligrosa mi asistencia,  
el retirarme prudencia.  
Partirme luego es forzoso.  
Débote la voluntad  
que pagarte no he podido,  
cuando más reconocido  
no quiere mi adversidad  
que llegue a corresponderla.  
El peligro me da prisa;  
la poca lealtad de Elisa  
ocasión de aborrecerla.  
Sirva el ver que me despido  
de ti sola y te doy cuenta  
de esta desgracia violenta  
de señal si te he ofendido  
que te vengué castigado,  
que reconozco tu amor,  
que soy de tu fe deudor,  
que me ausento enamorado  
deseoso de agradarte  
sin recelos de ofenderte,  
indigno de merecerte  
y resuelto en adorarte.

ANA: No querrá mi suerte airada,  
don Juan, ya en mi favor cuerda  
que cobrándote te pierda  
hoy dichoso, hoy desdichada.

De Madrid saca mi tío  
a Elisa. Si aquí estuviera  
tu partida permitiera  
porque en efecto no fío,  
viendo la de tus mudanzas.  
Si se ausenta y tú te vas  
temo que la seguirás;  
que con amor no hay venganzas.

Haga el Conde diligencias  
buscándote; que en mi casa  
mientras este rigor pasa  
desmentirás sus violencias.

En ella es bien te asegure;  
que nadie creará de mí  
que por socorrerte a ti  
yo mi opinión aventure.

Este cuarto, ese balcón,  
pues en amar te aventajo,  
pasándome yo al de abajo  
te ha de servir de prisión.

Sus espesas celosías  
registros deslumbrarán  
y en ella divertirán  
tus penas melancolías.

No hay padres a quien temer;  
de mis acciones soy dueño.  
Ocultándote te empeño  
nuevamente. Esto has de hacer  
y, si no, daré noticia  
antes que salgas de aquí  
a la justicia de ti.

JUAN: ¿Para qué, mi bien, justicia  
donde reina la piedad,  
donde triunfa tu firmeza?  
Si es mi alcaide tu belleza  
mi prisión es libertad.

Mas témome de Leonor  
que me vio entrar.

ANA: No hay temella.  
Téngola grata y por ella

se ha de lograr nuestro amor.

De casa no ha de salir  
ni la permitiré hablar  
con otros, pero cuidar  
de tu regalo, asistir  
a lo que hayas menester.  
Eso sí. Vínose huyendo  
de la de Elisa y pretendo  
que no lleguen a entender  
que apruebo sus demasías.  
Mis criadas callarán  
también porque, en fin don Juan,  
te quieren bien por ser mías.

JUAN: Tú lo dispones de suerte  
que en las dichas que intereso  
soy ya dos veces tu preso.

ANA: Libros en que entretenerte  
hay sobre ese contador  
y aderezo con que escribas  
versos, que a Elisa apercibas,  
mientras que viene Leonor  
a traerte de cenar  
y a disponerte la cama.

JUAN: La aurora aljófara derrama.  
Tarde es para reposar.

ANA: No tienes en qué ocuparte.  
Los presos duermen de día.

JUAN: Desvela amor, Ana mía,  
y amo yo.

ANA: Quiero cerrarte  
que te temo fugitivo.

*Cierra con llave*

JUAN: Si me buscare Coral,  
fíate de él que es leal.

ANA: Adiós, pues, dueño cautivo.

*Vase doña ANA*

JUAN: Deleita el color verde, que consiste  
entre el blanco y el negro, y la Esperanza  
le elige porque el medio y punto alcanza  
perfectamente de lo alegre y triste.

Pobre de él si el color negro le viste  
y le enluta tal vez su destemplanza,  
pues le imposibilita su mudanza  
que el medio alegre que perdió conquistó.

Lo mismo pesa en la pasión celosa  
que entre amor y temor alcanza el medio  
y alegrando tal vez, tal entristece.

Ya es imposible amarte, Elisa hermosa,  
mi esperanza enlutaste. ¡No hay remedio!  
¡Qué mal puede esperar quien aborrece!

*Abre CORAL y entre*

CORAL: Déjame la llave y vete  
a tus haciendas, Leonor.  
Aunque siendo haciendas tuyas  
no tendrán mucho de Dios.

JUAN: ¡Oh, mi Coral, bien venido!

CORAL: Coral y tan tuyo soy  
que esta vez he de quitarte  
todo el mal de corazón.  
Déjame cerrar la puerta.  
Retirémonos los dos  
donde, ya que nos acechen  
no nos oigan. Atención:  
después que al coso saliste  
picado del garrochón  
de los celos, si no toro  
torote atropellador,  
de lo roso y lo velloso,  
y tu furia nos abrió  
el toril o el aposento...  
sigo mi comparación

pues toros y desengaños  
con una misma armazón  
de cabeza nos lo vende  
la experiencia su pintor.  
Sin osarme rebullir  
ovillo de mi temor,  
tuve envidia en las paredes  
a las letras de carbón,  
deseando transformarme  
en ellas con saber yo  
ser cartapacio del necio  
y sátira del lector.  
Temblando, en fin, de valiente,  
telaraña de un rincón,  
me juzgaba palatino.  
Del viejo a la primer tos  
cuando después que te fuiste  
cada cual competidor  
sarpullido de tus celos,  
le dio a tu dama un jabón.  
Quedaron ella y su padre...  
¡Ya ves qué tales los dos!  
Como en las uñas del gato  
el ánima del ratón,  
él suspenso, ella turbada.  
Fue el miedo tan orador  
como en las mujeres se usa  
que el peligro es Cicerón.  
Ponderó lo que te amaba,  
tus finezas, tu valor,  
la tempestad de tus celos,  
lo limpio de tu afición  
y que próspera en no dar  
sospechas al pundonor  
en los que a vistas vinieron  
a esconderte te obligó.  
Que a don Pedro aborrecía  
más que el buho el resplandor,  
al buen año el avariento,  
a la Hermandad el ladrón.

Juró como un catalán  
no saber quien ocultó  
a aquel Conde entremetido,  
de nuestra paz Galalón,  
que ni de él tuvo noticia  
ni en su vida le dignó  
la memoria ni aun los ojos.  
Mas que, a pura persuasión  
de doña Ana que la dijo  
ser tu amigo protector  
y querer con tal engaño  
redimir su vejación,  
concedió con su embeleco,  
y cerró la confesión  
con ofrecer a su espada  
el cuello todo candor.  
*Oyóla pro tribunali*  
el viejo ponderador,  
resolviéndose después  
de media hora de sermón  
en que había de llevarla  
a Lerma antes que, veloz,  
diese el alba afeite al Prado  
y a su oriente bermellón.  
Entró a prevenirse Elisa.  
El viejo aprestar mandó  
el coche con dos criados  
y, entre tanto... oye el mejor  
caso que escribió poeta  
que, a serlo a fe de quien soy,  
que sin mendigar asuntos  
yo enriqueciera a un autor.  
Entre tanto, como digo,  
por un pariente envió,  
confidente de su casa,  
celoso de su opinión.  
A éste, pues, en puridad  
le dijo, "Álvaro, yo estoy  
resuelto a honrar con la sangre  
del Conde mi sucesión.

Persuadir que trueque Elisa  
en desdén la inclinación  
que a don Juan tiene es querer  
que el abril viva sin flor.  
Fiado, pues, en el tiempo  
cuya cuerda dilación  
muda afectos y apetitos,  
he fingido que llevo hoy  
a un monasterio de Lerma  
a Elisa, en cuya prisión  
escarmiente rebeldías  
y llore su obstinación.  
Sacaréla luego al punto  
de la corte y, yendo yo,  
Dorotea y Alvarado  
con ella, sin permisión  
que a persona comunique,  
ni vea aun el resplandor  
del cielo con las cortinas  
echadas. Mi prevención  
estriba en que ignore el pueblo  
que ha de darla habitación.  
Llegaremos de esta suerte  
a la una o a las dos  
a sestear a las ventas  
que llaman de Torrejón.  
Retiraréla a una cuadra  
hasta que cubra de horror  
la noche nuestro hemisferio  
y, siguiendo mi ficción  
daremos vuelta a Madrid  
persuadiéndola que estoy  
resuelto a que viva oculta  
en Illescas, donde vos  
ya esperáis a instancia mía  
mientras la murmuración,  
sepultada en el olvido,  
no lastime nuestro honor.  
Vendrémonos tan despacio  
que entremos cuando el rumor

y bullicio de la gente  
no pueda darla ocasión  
para advertir que a la corte  
mi engaño la restauró.  
Vos, don Álvaro entre tanto,  
en fe que mi amigo sois  
y que en vuestra lealtad tengo  
antigua satisfacción,  
despejando aquesta sala  
de cuanto adorno la dio  
la calidad de mi estado  
y de mi haciendo el valor,  
cuadros, colgaduras, sillas,  
escritorio, contador,  
cama, estrado, sin que quede  
un clavo que dé ocasión  
a que reconozca el sitio,  
pediréis al corredor  
Pedro de Ávila, el que vive  
junto a la Puerta del Sol,  
que os alquile por un mes  
otra tanta ostentación  
que de modo la disfrace  
que no la conozca yo.  
Retirada en ella Elisa,  
y las puertas del balcón  
clavadas, dando la luz  
la vidriera superior,  
ni creará que está en la corte  
ni viéndola sino vos.  
Hará don Juan diligencias  
que despierten su afición.  
Solicitaré entre tanto  
que el Conde, que sospeché  
mal del desaire pasado,  
haga cuerda información  
de la honestidad de Elisa  
y, buscando intercesor  
poderoso, si es su amante  
lograré mi pretensión."

Esto dijo, esto escuché,  
temeroso acechador,  
por el hueco de la llave.  
Esto mismo prometió  
el amigo confidente  
partiendo a su ejecución  
como el coche a su jornada.  
Salí a tienta a un corredor.  
Topé con una escalera.  
Hasta un patio me guió.  
Di desde él en un corral.  
Salté por un paredón.  
Supe que el Conde huyó herido.  
Mi lealtad adivinó  
que estabas en esta casa.  
Doña Ana abrirme mandó.  
Y la noche que se sigue  
volverá a la posesión  
de su cuarto nuestra Elisa.  
Si permanece tu amor,  
pared en medio la tienes,  
Tisbe y Píramo los dos.  
No os veréis por rehendijas  
mas de balcón a balcón.  
Para que os comunicéis  
con toda circunspección  
sin riesgo de la conciencia,  
que eso no lo quiera Dios,  
traza tengo imaginada  
que ha de hacerme arquitector  
balconero con que admire  
al artífice mayor.  
Ya sabes mi habilidad.  
Mi ingenio es ensamblador.  
Lo que te quiero infinito.  
Consulta a tu suspensión  
durmiendo agora sobre ello  
si te estará bien o no;  
que después queda a mi cargo  
el lograr esta invención.

JUAN: Coral, cosas me refieres  
que, al paso que nuevas son,  
causan en mí novedades  
extrañas.

*Sale doña ANA*

ANA: Entra, Leonor,  
que es hora que don Juan cene.

JUAN: Coral, abre.

ANA: Pues, señor,  
¿cómo os va de carcelaje?

JUAN: Doña Ana, ¿cómo con vos?

ANA: Tarde es para que cenéis,  
almorzar será mejor  
y reposaréis de día.

JUAN: No hay plato de igual sazón  
como el ver vuestra belleza.

ANA: Venid.

*Aparte a CORAL*

JUAN: Coral, vuelva yo  
por ti a la gracia de Elisa  
y mi hacienda a tus pies pon.

FIN DE LA SEGUNDA JORNADA

---

## JORNADA TERCERA

---

*Sacan en una silla de manos, cerrada la puerta, a doña ELISA.  
Salen don ALONSO, LEONOR y don ÁLVARO, y en saliendo doña ELISA  
en cuerpo, meten los mozos la silla*

ALONSO: Abre a esa silla la puerta.  
Volveos con ella los dos.  
¿No sales?

ELISA: Gracias a Dios  
que respiro.

ALONSO: Elisa, advierte  
tu temosa condición,  
que mientras no la mudares  
y más cuerda me obligares  
ha de durar tu prisión  
lo que durare mi vida.  
¡Presto la consumirás!  
Todos sospechan que vas  
a Lerma. Traza es fingida  
para que no sepan donde  
te niego a sus diligencias.  
¡Extraño tus resistencias!  
Ni de don Pedro ni el Conde  
te satisfaces. Don Juan  
no ha de ser tu esposo. En esto  
no hay que hablarme. Si has dispuesto  
darme disgustos, tendrán  
aquí los tuyos castigo.  
Si intentas que no me arroje  
a más extremos, escoje,

consultándole contigo,  
 o a don Pedro o a don Carlos;  
 que aunque éste está receloso  
 de lo que vio, es generoso.  
 Medios hay, yo sabré hallarlos,  
 que le aseguren verdades.  
 Al instante he de volverme  
 a Madrid. No esperes verme  
 mientras tus temeridades  
 no mejoren de consejo.  
 De don Álvaro te fío.  
 Ésta es su casa, él su tío.  
 En su vigilancia dejo  
 librada la ejecución  
 que a tu inquietud tanto importa  
 y en tu mano el que sea corta  
 o prolíja esta prisión.

*A don ÁLVARO*

Primo, nadie ha de saber  
 de Illescas, quien vive aquí.  
 En la corte os advertí  
 lo que en esto se ha de hacer.  
 Vos la traeréis la comida  
 y Leonor la guisará  
 ya que a vuestra instancia está  
 en casa otra vez. La vida  
 me va en esto si por vos  
 surte mi esperanza efeto.  
 Avisaréisme en secreto  
 porque vengamos los dos  
 y se concluya esta empresa;  
 mas nadie espere de mí  
 que Elisa salga de aquí  
 si no es difunta o Condesa.  
 Cerrad y venid, que es hora  
 de partirme.

ÁLVARO:           Ejecutor

he de ser de este rigor.  
Mirad lo que hacéis, señora.

*Vanse los dos y cierran con llave por de dentro*

ELISA: No sé si diga que siento  
el verte en mi compañía  
más que cuanta tiranía  
oprime mi pensamiento.

LEONOR: Suerte es de los desdichados  
que yerran en cuanto emprendan,  
con los servicios ofendan  
e indignan con los agrados.  
Doña Ana con las malicias  
de don Carlos me engañó.  
Merezca, señora, yo  
perdón siquiera en albricias  
de que está aquí tu don Juan.

ELISA: ¿Qué dices?

LEONOR: Que a Illescas vino,  
tú el norte de su camino  
y él tras ti tu piedra imán.  
Disfrazado en labrador  
supo desmentir espías.  
¿Quién duda que le verías?

ELISA: ¿Cómo, si hasta el resplandor  
del cielo mi padre airado  
me limitaba? De noche  
no nos permitió que al coche  
corriesen un encerado.  
Yo a la popa, él junto a mí;  
de día en una posada  
tan oculta y retirada  
que aun los huéspedes no vi.  
Tan celoso impertinente  
que no te podré dar señas  
de si en el camino hay peñas,  
de prado, de arroyo o fuente.  
Y apenas llegué a esta villa

cuando me sale a la puerta  
también para mí encubierta  
de esta posada una silla.

Y entrando a oscuras en ella,  
para que todo lo dude,  
aun la escalera no pude  
ver cuando salí por ella  
en la más crüel prisión.

¡Leonor, los presos no ven!

LEONOR: ¡Y como que el querer bien  
no es caso de inquisición!

Él, en efecto, está aquí  
y yo con él disculpada.

El Conde, que interesada  
me juzga, volvió por mí

y pidió que te asistiese  
con cargo de ponderarte  
que su vida es adorarte.

Doña Ana, para que hiciese  
que de don Juan te olvidases,  
también por mí ha intercedido  
y los dos me han ofrecido,  
como con Carlos te cases,

dote y ajuar; pero yo  
que contigo me crié  
y por experiencia sé  
que el cielo te destinó

a quien sólo te merece,  
resuelta en morir contigo  
al cielo doy por testigo  
de lo que mi fe te ofrece.

ELISA: Leonor, el presente es tal  
que descubrirá quien eres.

LEONOR: Tarde es. Si reposar quieres,  
durmiendo se templa el mal.

Cama y alcoba hay curiosa  
que autorizan a su dueño.

ELISA: Con pesadumbres no hay sueño.

Poco siente quien reposa.

Rezaré un rato primero

y entrarásme a desnudar.

LEONOR: ¿Enamorada y rezar?

ELISA: ¿Qué dices?

LEONOR: Que aquí te espero.

*Vase ELISA*

Disponiéndose van bien  
de Coral las invenciones.

*Saca muchas llaves en un llavero*

Fióme sus intenciones  
y quiérole un poco bien.

Agora falta probar  
si entre tanta multitud  
de llaves tendrá virtud  
alguna para burlar

la impertinente quimera  
del viejo en nuestra prisión;  
porque con llave al balcón,  
sin ver la calle siquiera

es morir. No sé qué traza  
me contó Coral que hacía  
con que en el balcón podía  
sacar su tramoya a plaza.

Él es medio carpintero  
y diversas cosas sabe;  
mas, ¡las ventanas con llave!  
Sus industrias desespero.

Si Amor, que su imperio muestra  
en la mayor apretura,  
no alivia nuestra clausura...  
Ésta pienso que es maestra.

Voyle a probar entre tanto  
que cumple sus devociones  
Elisa. Hermanos balcones,  
juntaos y sea por encanto.

*Vase y salen don JUAN y CORAL*

CORAL: Viento en popa navegamos  
por el paraje común  
de los que nacen de pies,  
la Fortuna te hace el buz.  
Ya tu Elisa está en su casa  
puesto que de mancomún.  
Su padre y su confidente  
la hacen creer, en virtud  
de que su esposo no seas,  
que está en Illescas según  
escuché trazarlo anoche  
a la avara senectud  
de su padre. Fuera duerme  
doña Ana, que la avestruz  
de la muerte le ha sisado  
a su tía la salud.  
No volverá según esto  
hasta que del ataúd  
del ocaso libre el sol  
dé al oriente nueva luz.  
Encajado el pasadizo  
que de mi solicitud  
e ingenio es prueba, al balcón  
que ha de ser nuestro arcaduz  
por más que encarcele el viejo  
a tu Elisa. Si tahir  
eres, a figura estás  
yendo a primera de flux.  
Llégate a ver la tramoya.

JUAN: Si salieses, Coral, tú  
con esa traza, no tiene  
bastante plata el Perú  
para premiarte el ingenio.

CORAL: Ya es paga la ingratitud.

JUAN: Las ventanas están altas,  
la calle toda inquietud,

los vecinos maliciosos,  
honra y peligro...

CORAL:                    ¡Jesús!  
¿De cuándo acá eres cobarde?  
Calóse el cielo el capuz  
con que se enluta la noche  
sin verse un jirón azul.  
Durmiendo la vecindad,  
la luna en el mar del sur,  
y ¡tú amor con tembladeras!  
¡Qué animosa juventud!

JUAN:    ¿Si nos derriba en la calle  
tu stratagemas?

CORAL:                    ¿Pues tú  
dudas mis habilidades?  
Siendo Merlín andaluz  
todo yo soy sutileza  
si no me desmiente algún  
mentecato de la corte.  
Pues el sol no nace aún,  
ven y verás mis desvelos.

JUAN:    ¡Oh, Amor, si sacas a luz  
mi esperanza, deberánte  
mis sentidos su quietud!

*Vanse don JUAN y CORAL. Sale LEONOR con una llave de loba*

LEONOR:    Hechicera es esta llave.  
No hay para ella prevención.  
Abrí al instante el balcón.  
Por la puerta también cabe  
de la sala que he ya abierto.  
Deberále a mi artificio  
don Juan todo este servicio,  
pues con él su amor despierto.

*Sale CORAL*

CORAL: Dóysela al mismo Arquimedes  
si es hombre de tres la una.

LEONOR: ¡Ay, Jesús! No me has dejado  
gota de sangre.

CORAL: Las brujas  
como tú, por tener poca,  
dicen que a los niños chupan.

LEONOR: ¿Por dónde entraste?

CORAL: A la chanza  
de un tablón se lo pregunta.  
Sacabuche balconero  
cuyo cuello como grulla  
ya se extiende, ya se encoge,  
y celebrando mi industria  
en el tuyo se incorpora  
con invención tan segura  
que pueden pasar por él  
los chapines de una viuda.  
Puentes sé inventar de encaje.

LEONOR: Sí, pero Coral, ¿quién duda  
que en viéndolo los que pasan  
nuestra opinión no destruyan?

CORAL: Anda, que estás hoy modorra.  
Ya te digo que se excusa  
todo registro mirón;  
pues cuando el sol y la luna  
quieran hacer de él alarde,  
retirándole se oculta  
del modo que la naveta  
del escritorio; que ocupa  
el espacio de su hueco.

*Sale ELISA*

ELISA: Si no hablas con las pinturas,  
Leonor, ¿con quién te entretienes?  
¡Jesús! Coral, ¿tú aquí?

CORAL: Triunfan  
sutilezas amorosas

de impertinencias caducas  
y éntrase por cualquier parte  
Amor, que es deidad desnuda.

ELISA: Bien; mas ¿con llave las puertas?

CORAL: Para Amor no hay cerraduras;  
que como es su padre herrero  
le enseña a forjar ganzúas.

ELISA: ¿Por dónde has entrado? Acaba.

CORAL: Prestóle al Amor sus plumas  
a un balcón que por los vientos,  
sirviéndome de chalupa,  
tomó puerto en esta sala.

ELISA: Habla veras, deja burlas.  
¿Quién te dijo que en Illescas  
estaba yo?

CORAL: Amor, lechuza,  
que escondiéndose del sol  
te supo seguir a oscuras.  
En Illescas y en la corte  
estás a un tiempo y, sin culpa,  
presa en tu mismo aposento  
él de don Álvaro ocupas.  
Con caminar ocho leguas  
no has caminado ninguna  
y huésped de tu casa  
gozas lo mismo que buscas.  
Si quieres averiguar  
todas estas garatusas,  
abre al balcón las ventanas,  
repara el modo y figura  
de la sala en que te prenden,  
mira esa alcoba o estufa,  
las bovedillas del techo  
que en Illescas poco se usan,  
esas puertas y paredes  
que como los trajes mudan  
cual danzantes se disfrazan  
con ajenas colgaduras.

*Sale don JUAN*

ELISA: ¡Ay, cielo! ¿En la corte estoy?

JUAN: En la corte y en mi pecho  
de quien por justo derecho  
todo el dominio te doy.  
¡Ay, dueño de mi esperanza!  
¿Tú, por mí, sin libertad?

ELISA: Don Juan, la felicidad  
de veros con la templanza  
que mis firmezas merecen  
desazona el no saber  
misterios que llego a ver  
e imposibles me parecen.  
¿Por dónde entrasteis aquí?  
¿Cómo penetráis clausuras?

JUAN: Sólo en Coral las locuras  
son provechosas.

CORAL: Por ti  
mi ingenio se sutileza  
pues de tu amor instrumento  
te fabriqué sobre el viento  
una puente levadiza  
por donde el balcón vecino  
y el tuyo se dan las manos.

JUAN: Los celos, tal vez villanos,  
y Amor todo desatino  
prenda mía, me obligó  
a que al Conde ingrato hiriese  
y, del favor se valiese  
que doña Ana me ofreció.  
Huésped de su casa he sido,  
tiernamente regalado.  
Supe cuanto ha maquinado  
tu padre y que el Conde herido,  
más dichoso que leal,  
aunque cirujano llama  
ni pelagra ni hace cama  
por ser tan poco su mal;  
que sin encarnar la espada

al soslayo le pasó  
 un brazo. No la guió  
 bien mi ofensa provocada.

Ya tendré por ignorante  
 a quien en la sangre afirma  
 que Amor su imperio confirma,  
 pues el Conde más amante  
 después de vertida tanta,  
 con más veras te pretende,  
 con más afectos se enciende,  
 con más recelos me espanta.

Tu padre, porque te adoro,  
 a su amor rendirte trata;  
 que siempre canas de plata  
 siguen los pasos del oro.

Doña Ana lo solicita,  
 tus deudos se lo aconsejan,  
 mis esperanzas me dejan,  
 sólo tu fe me acredita.

Mas, ¿cómo podrá vencer  
 contra tanto tu valor,  
 un Conde competidor,  
 yo infelice y tú, mujer?

ELISA:     ¡Medio con tiempo has hallado  
 para el mal que te lastima!  
 ¡Huésped, don Juan, de mi prima  
 "tiernamente regalado!"

Tú lo confiesas así,  
 los riesgos experimentan  
 finezas que el fuego alientan  
 que casi apagado vi.

¿De su casa te valiste  
 cuando en la corte tenías  
 amigos de quien podías  
 fiar? ¡Temores! Ya hiciste  
 de tu fe más confianza  
 que de muchos que pudieras  
 y, si tú la aborrecieras,  
 no alentaras su esperanza.

Tu amor, don Juan, satisfaga

empeños de mi enemiga  
 pues el noble que se obliga  
 ya se dispone a la paga.

Vete que, si te echa menos,  
 ha de venir a buscarte  
 y, si aquí llegase a hablarte,  
 no excusas.

CORAL:                    ¡Rayos y truenos!  
                               ¿Qué más decir! Fuera duerme  
 la tal doña Ana; una tía  
 se le muere. ¡Qué buen día!  
 ¡Ojalá con ella enferme  
 todo el tiazgo de España,  
 con toda madrastra y suegra!

LEONOR:    Si el ver a don Juan te alegra  
                               ¿qué miedo tu gusto engaña  
                               o para qué es el enojo?

*Dentro*

ALONSO:    Esperadme, Conde, aquí.

ELISA:     ¡Ay, cielo! ¿Es mi padre?

LEONOR:                    Sí.

CORAL:     Al pasadizo me acojo.  
                               Sígueme, don Juan.

JUAN:                    Mi bien,  
                               sin causa de mi fe dudas.

ELISA:     Si de alojamiento mudas  
                               creeré que me quieres bien.

JUAN:        Mudaréme al punto.

CORAL:                    Acaba.

*Vanse don JUAN y CORAL*

ELISA:     Cierra con llave, Leonor,  
                               la ventana.

*Vase ELISA*

LEONOR:           Mi temor  
                  echó a la puerta la aldaba.

ALONSO:       ¡Hola, abrid aquí!

LEONOR:                       ¿Quién es?

*Abre y sale don ALONSO*

ALONSO:   Si yo por de fuera cierro  
                  ¿para qué es prevención tanta?

LEONOR:   Para que quien entre dentro  
                  no nos halle de improviso  
                  en civiles ministerios  
                  imposibles de excusarse.

ALONSO:   ¿Duerme Elisa?

LEONOR:           Está cumpliendo  
                  cristianas obligaciones.

ALONSO:   Di que salga.

LEONOR:           Pues, ¿tan presto  
                  dio vuelta vuestra Merced  
                  de Madrid?

ALONSO:           Déjate de eso  
                  y llámala.

*Sale ELISA*

ELISA:           Pues, señor,  
                  ¿has hallado modos nuevos  
                  con que añadirme pesares?  
                  ¿Mudaste ya de consejo?  
                  ¿Quedósete algo olvidado?  
                  Que yo te estaba midiendo  
                  dos leguas de aquí el camino.  
                  ¿A qué vuelves?

ALONSO:           Ya no es tiempo  
                  de proseguir invenciones.  
                  Hija, sólo los recelos  
                  de que don Juan te inquietase

determinarme pudieron  
 a persuadirte que estabas  
 en Illescas; mas supuesto  
 que ya no nos hace estorbo,  
 que estás en Madrid te advierto  
 en tu casa y en tu cuarto.

ELISA: ¿Dónde?

ALONSO: En tu casa. Esto es cierto.

ELISA: Pues toda esta ostentación  
 ¿de dónde vino?

ALONSO: Todo eso  
 y más hallan en la corte  
 diligencias y dineros.  
 Acudamos a lo más  
 y no gastemos el tiempo  
 en lo que menos importa.  
 Don Juan, perdido de celos,  
 hirió ante noche a don Carlos  
 y sospechándole muerto,  
 se valió de doña Clara  
 en cuya casa secreto,  
 por ser de doña Ana tía,  
 y heredarla en fe del deudo  
 que hay entre ellas, envió  
 por tu prima y convinieron  
 en que don Juan se ausentase  
 quedando los dos primero  
 desposados. Ya te constan  
 los amorosos extremos  
 que don Juan debe a doña Ana.  
 Supo estos tratos don Pedro  
 y tuvo de ellos envidia  
 porque en fe de tus desprecios,  
 olvidándote mudó  
 en tu prima pensamientos.  
 Dióse aviso de todo al Conde,  
 deseando a don Juan preso,  
 y hallóle herido en un brazo;  
 mas, gracias a Dios, sin riesgo.  
 El Conde, pues, que te adora

juzgó generoso y cuerdo  
 que casándose doña Ana  
 con don Juan, hallaba medios  
 con que obligarte a su amor  
 y anteponiendo deseos  
 a venganzas, fue esta noche  
 a ver a don Juan, saliendo  
 con tantas veras su amigo  
 que a instancia suya se dieron  
 doña Ana y don Juan las manos,  
 unos y otros tan contentos  
 que enviándome a llamar  
 testigo he sido y tercero  
 en casa de doña Clara  
 de finezas y de afectos.

Mañana han de desposarse  
 y el Conde, que por ti ha puesto  
 la vida, viene conmigo.

¡Ya ves lo que le debemos!  
 Si noble su amor admites,  
 deberáste tu remedio,  
 deberáste tu quietud,  
 deberéte mi sosiego.

No me des más pesadumbres.

LEONOR: (¡Jesús Cristo! ¡Los enredos Aparte  
 que ha tejido en un instante!  
 ¡Válgate la trampa el viejo!)

ELISA: Cosas, señor, me refieres  
 que las presumiera sueños  
 a no ser quien las afirma  
 tan digno de fe y respeto.  
 ¡En la breve duración  
 de un día tantos sucesos!  
 ¡Tanta mudanza en don Juan!  
 ¡Tan poco amor en su pecho!  
 ¡Yo mujer y por su causa  
 amenazas resistiendo,  
 menospreciando peligros,  
 atropellando destierros,  
 y el hombre ausente doce horas

sombra leve, cera al fuego,  
 pluma al aire, corcho al agua,  
 flor de agosto, sol de febrero!  
 ¡Alto, Amor desvanecido  
 al uso del siglo andemos!  
 Lo que arruinaron engaños  
 reedifiquen escarmientos.  
 Subordinada a tu gusto  
 y obediente a tus preceptos  
 al Conde Carlos admito.

*Abrázala*

ALONSO: ¡Agora sí que en tu cuello  
 como la hiedra en el olmo  
 mil años rejuvenezco!  
 Aquí está, voy a llamarle.  
 ¡Qué buenas nuevas le llevo!

ELISA: ¿A estas horas? No señor.  
 Mañana con más sosiego  
 dispuesta el alma a servirte  
 podrá venir.

ALONSO: Bien, no quiero  
 apresurarte; mas mira  
 que, pues quedamos en esto,  
 no me saques mentiroso.

*Vase don ALONSO*

LEONOR: Señora, ¿qué es lo que has hecho?

ELISA: Leonor, ¿qué sé yo? ¿Qué quieres  
 de un alma toda recelos  
 que entre engaños que ha escuchado  
 duda verdades? ¡Que tiemblo!  
 Don Juan adoró a doña Ana.  
 Apariencias le ofendieron  
 del Conde en mi casa oculto,  
 hirióle, ausentóse, y temo

que escondiéndose en la suya  
siendo huésped, es ya dueño.

LEONOR: ¿Hay discursos más perdidos?

¿No adviertes los embelecocos  
que tu padre ha sancochado?

ELISA: Sí, pero también entre ellos  
mezcló, Leonor, certidumbres.

LEONOR: Si lo fueran ¿a qué efecto  
entrara a verte don Juan?

ELISA: ¿Eso dices? Amor, nieto  
del mar, padre de mudanzas,  
como él hace a todos vientos.  
Si dio la mano a mi prima  
y supo que me había vuelto  
después mi padre a mi casa  
¿es mucho que envidie ajeno  
lo que juzgaba por propio?  
¿No afirmó Coral--¡ay, cielos!--  
que estaba ausente doña Ana?  
¿La enfermedad no fingieron  
de doña Clara su tía?  
¿No dijo mi padre luego  
que en su casa ella y el Conde  
terciaron en los conciertos?  
¡Que recelan mis agravios!

LEONOR: Pues ¿qué sacas de todo eso?

ELISA: Que en casa de doña Clara  
están todos, esto es cierto,  
trazando sus desposorios.  
Porque sepas que no miento,  
abre, Leonor, dame un manto.

LEONOR: ¿Para qué?

ELISA: Las dos iremos,  
o yo sola que es mejor,  
quedándote tú aquí dentro  
y, si a don Juan hallo en su casa,  
culparé los desaciertos  
de mis celosos temores;  
mas si no, cuanto sospecho  
es sin duda.

LEONOR:       ¿Y no reparas  
que han de conocerte luego  
las criadas de tu prima?

ELISA:    Todos estarán durmiendo.  
La casa es de vecindad.  
Hallaré el portal abierto.  
Sólo en el cuarto de arriba  
vive don Juan casi preso.  
Fingiré que soy doña Ana,  
abriráme y trazaremos,  
si se engañan mis malicias,  
los dos el mejor acuerdo  
que asegure mis temores.

LEONOR:   Ciega estás.

ELISA:       Estoy sin seso.

LEONOR:   Pues ¿dónde habemos de hallar  
el manto si entraste en cuerpo  
desde el coche hasta la silla?

ELISA:    Mantos hay en mi aposento  
y baúles. Baja a abrirlos.

LEONOR:   Vamos; que apaciguar celos  
es pedir peras al olmo.

ELISA:    Leonor, avisa en sintiendo  
a mi padre.

LEONOR:   ¿Yo? ¿Por dónde?

ELISA:    Tendrá el pasadizo puesto  
Coral, y desde el balcón  
me llamarás.

LEONOR:   En efecto  
¿das en creer disparates?

ELISA:    Dúdolos si no los creo.

*Vanse las dos y salen don ALONSO, don PEDRO y el CONDE,  
con banda*

CONDE:    Escondido y atento  
escuché su amoroso sentimiento,  
y que ofreció discreta  
ser dueño mío si doña Ana aceta

a don Pedro, y olvida  
 a don Juan. Pues nos consta su partida  
 a Valencia, no queda  
 inconveniente que estorbarnos pueda.

ALONSO: La elección que en su amor don Pedro ha hecho  
 nos obliga a ayudarle.

PEDRO: Satisfecho  
 de su honesta hermosura  
 desde que fui su huésped, mi ventura  
 a adorarle me inclina.

ALONSO: Seguirá mis consejos mi sobrina  
 pues por padre me tiene.  
 Además que avisarla me conviene  
 de todo este suceso  
 pues al fin que intereso  
 estriba en que a su prima persuada  
 que con don Juan su boda concertada,  
 será muy venturosa  
 si con ella don Carlos se desposa.

PEDRO: Cuidad de exagerarla  
 lo mucho que me esmero en adorarla,  
 lo que pienso servirla.

ALONSO: A mí me está tan bien el persuadirla  
 la suerte que no espera;  
 que cuando no por vos por mí lo hiciera.  
 Hallaréla dormida;  
 mas no importa. Despierte; que sabida  
 la nueva que he de darla,  
 lisonja pienso que es el despertarla.

CONDE: Sí, porque esto de bodas  
 hará en ella el efecto que hace en todas,  
 pues por verse en el tálamo risueño  
 querrá más a un marido que no a un sueño.

*Vanse y salen doña ELISA con manto, don JUAN y  
 CORAL*

ELISA: Todo esto pueden sospechas  
 si bien hallándoos aquí

del alma las despedí.

JUAN: Como están ya satisfechas;  
aunque tormentas deshechas  
fulmine en el mar de amor  
la Fortuna, que turbar  
mis esperanzas procura,  
Santelmo vuestra hermosura,  
no han de poderme anegar.

Sentaos un rato. Tracemos  
ardides con que podamos  
vencer, aunque padezcamos  
inclemencias que tememos.

ELISA: Don Juan, prevenir extremos  
de un padre todo violencia,  
a costa de la paciencia  
es forzoso. Yo me voy.

JUAN: Mirad que en la gloria estoy  
estando en vuestra presencia.

A estas horas, ¿qué teméis?

ELISA: Temo, don Juan, el cuidado  
de un padre que desvelado  
Argos en mi ofensa veis.

JUAN: ¿Por el balcón os iréis?

CORAL: Yo le voy a prevenir  
entre tanto; que el zafir  
del cielo llama a la aurora.

*Vase CORAL*

JUAN: Merezca quien os adora  
sólo este rato vivir.

*Siéntanse los dos*

ELISA: Es la Fortuna inhumana  
de mi paz tan enemiga  
que cuanto más nos persiga  
se ha de juzgar más ufana.

Mi padre, el Conde, doña Ana,  
 don Pedro, todo el poder  
 de los hados ¿qué han de hacer  
 en tantos riesgos mis llantos  
 si perseguido de tantos  
 os dejáis, don Juan, vencer?

JUAN: Yo vi en el mar descubierta  
 una roca perseguida  
 de un piélagos, que homicida  
 cerró al socorro la puerta;  
 cuantas más olas despierta  
 menos logra su furor  
 porque sobre ella mi amor  
 cantaba por divertirme,  
 a más combates más firme,  
 a más riesgos más valor.

Yo vi que un cierzo quería  
 apagar una centella  
 porque sobre un roble estrella  
 de los vientos se reía;  
 cuanto más la perseguía  
 aumentaba más su llama  
 porque emprendida en la rama  
 vino a abrasar todo el roble;  
 que en los peligros el noble  
 teme menos y más ama.

Roca soy, Elisa hermosa,  
 persiga, asalte, combata  
 el mar que anegarme trata.  
 Saldrá mi fe más airosa.  
 Centella soy animosa.  
 No hay tempestad que me espante;  
 que Amor, atrevido infante,  
 de la quietud incapaz,  
 sin riesgos siempre es rapaz  
 pero con ellos gigante.

*Sale don ALONSO*

ALONSO: ¡Con luz y abierta la sala!  
 Madrugado ha mi sobrina.

ELISA: Éste es mi padre. ¿Si en casa  
 me echó menos? ¡Qué desdicha!

*Échase el manto y levántase don JUAN*

JUAN: Cubre la cara y no temas.

ALONSO: ¡Don Juan!

JUAN: ¿Mandáis en qué os sirva?

ALONSO: ¿Qué hacéis vos en esta casa?

JUAN: Experiencias de quien digna  
 es de alabanza su dueño,  
 pues noble a su amor me obliga.

ALONSO: ¿No os íbades a Valencia?

JUAN: Es poca causa una herida  
 de mi agravio ocasionada  
 para ausencia tan prolija.

ALONSO: ¿Qué es de doña Ana?

JUAN: Llevóla  
 la enfermedad de su tía  
 para que como heredera  
 a su testamento asista.

ALONSO: ¿Qué veo? ¡Válgame Dios!

JUAN: ¿Qué os ha dado?

ALONSO: ¡Pues, Elisa!  
 ¿Tú a tal hora y en tal parte?  
 ¿Así mi honor precipitas?  
 ¿Así tu fama atropellas?  
 ¿Así mi sangre lastimas?

JUAN: ¿Qué decís? ¿Estáis en vos?

ALONSO: ¿Cómo? ¿Qué queréis que diga?  
 ¿Quién estar en sí pudiera?  
 ¡En vuestra sangre, en su vida,  
 satisfacer mis deshonras!  
 ¿Así tu opinión estimas?  
 ¿Así tu recato infamas?  
 Con alguna llave hechiza  
 falseaste mis cuidados,

franqueaste tus malicias.

JUAN: Volved, señor don Alonso,  
en vos. Que es grande desdicha  
que vejez tan venerable  
de su prudencia desdiga.  
Si sacasteis de esta corte,  
dos noches ha, a vuestra hija,  
si os ofendió nuestro amor,  
si agora a Lerma camina,  
¿quién vuestros discursos ciega?  
¿Quién os altera la vista?  
¿Quién quimeras os retrata?  
¿Quién apariencias os pinta?  
Advertid que esta señora  
como a preso me visita,  
como a sólo me acompaña,  
como a su amante me estima.  
Quiéreme bien tiempos ha,  
y aunque mal correspondida  
se lastimaba de ver  
que entre hipócritas caricias  
el abril se malograra  
de mi juventud cautiva  
en el Argel lisonjero  
de quien cuando engaña hechiza.  
Supo anoche que experiencias  
cuanto costosas propicias  
en brazos del escarmiento  
del golfo al puerto me libra.  
Visitó agora a doña Ana.  
Refirióla cuán precisas  
obligaciones me empeñan.  
Conjuróla como amiga  
que a su amor me redujese  
si ya según la decían  
no intentaba competencias  
que ocasionase su envidia.  
Halló en ella protectora  
recibiéndola benigna,  
alentándola discreta,

hablándola compasiva.  
 Entraron juntas a verme,  
 intimáronme las dichas  
 que con mi cuerda mudanza  
 se me siguen de servirla.  
 Fue a ver doña Ana a su enferma  
 y, mi fe reconocida  
 a un amor tan generoso,  
 como halle en su hermosa vista  
 contrahierba a mis desvelos,  
 que se quede la suplica  
 conmigo un rato, fiadora  
 de su honor mi cortesía.  
 A este tiempo entrasteis vos,  
 y del modo con que mira  
 por cristales de colores  
 juzga de la especie misma  
 todas las cosas que advierte,  
 los cuidados que os lastiman  
 os hacen creer que son  
 cuantas damas veis Elisas.  
 Doña Ana quiere a don Pedro,  
 el Conde los patrocina.  
 Los dos tratan desposarse.  
 Sus esperanzas estriban  
 en vuestro consentimiento.  
 Ausente está de esta villa  
 vuestra ingrata sucesora  
 ¿qué ocasión, pues, os incita  
 a desbaratar acciones  
 de vos tan apetecidas?

ALONSO: ¡Persuadirme que estoy loco  
 para que mejor se finja  
 vuestro engaño, que aunque viejo  
 no está la sangre tan tibia  
 en mis venas que no baste!

JUAN: Sosegaos, señor.

ALONSO: Malicias  
 semejantes no merecen  
 quietud si no se castigan.

¿A mí negarme evidencias?  
 ¡Aquel manto, la basquiña,  
 el talle, la misma voz  
 que escuché cuando subía  
 conozco!

JUAN: ¡Qué extraño tema!  
 ¿No habrá en Madrid quien se vista  
 de la misma suerte que otras?

ALONSO: Si puedo con descubrilla  
 convencer vuestros enredos  
 ¿qué aguardo?

*Quiere destaparla y detiéndele don JUAN*

JUAN: No se averiguan  
 en desdoro de las damas  
 recelos con demasías.  
 Suspended cortés la mano  
 o no os guardarán las mías  
 la noble veneración  
 a que las canas obligan.

ALONSO: ¡Negadme el que vea su cara!  
 ¡Que esos colores confirman  
 los indicios de mi agravio!

*Alza los tapices y tienta las paredes*

¿Esta pared no es vecina  
 de mi casa? ¿Si han abierto  
 puerta por ella osadías  
 que se la den a mi ofensa?

JUAN: Mirad que desautorizan  
 vuestro seso esas acciones.

ALONSO: ¡Ah, quién tuviera en la cinta  
 el acero que los años  
 para su agravio jubilan!  
 Falseó el atrevimiento  
 llaves que el vicio fabrica

pero mientras la experiencia  
 certidumbre examina,  
 quedaos, alevos, que yo  
 volveré a casa y, si Elisa  
 no está en ella, aunque con riesgo  
 de su opinión ya perdida,  
 lo que no pueden mis canas  
 será fuerza que remita  
 al socorro de los viejos  
 dando cuenta a la justicia.  
 La llave que aquí olvidasteis,  
 dejándoos presos, os quita  
 de la mano la ocasión  
 de que huyáis.

*Quita la llave de la puerta y ciérralos por de fuera y vase*

ELISA: Coral, aprisa,  
 que es la dilación dañosa.

*Sale CORAL*

CORAL: Nuestra puente levadiza  
 te asegura. ¡Alto, a pasarla!

JUAN: Adiós dueño de mi vida,  
 que yo velaré entre tanto,  
 Argos el alma en mi vista  
 para socorrer desaires  
 si en ellos mi amor pelagra.

*Vanse todos y sale LEONOR sola*

LEONOR: Picóse mi ama en el fuego.  
 No tiene tanto temor  
 como yo.

*Sale ELISA quitándose el manto*

ELISA:           ¡Leonor, Leonor!  
                   Quítame este manto luego  
                   y escóndele. ¡Acaba, pues!

LEONOR:       ¿Viene señor?

ELISA:           ¡Ay de mí!

LEONOR:       ¿Y te vio con don Juan?

ELISA:           Sí.  
                   Referiréte después  
                   cosas que te den espanto.  
                   Descuidados nos cogió.

LEONOR:       ¡Jesús! ¿Y te conoció?

ELISA:        No y sí. Acaba, esconde el manto.  
                   Date prisa; que de hallarle  
                   me pierdo. Llévale.

LEONOR:        ¿Dónde?

ELISA:        En los colchones le esconde;  
                   pero no, que ha de buscarle.  
                   Échale por el balcón  
                   en la calle; mas verále  
                   mi padre que agora sale  
                   de esotra casa.

LEONOR:        ¡Dispón  
                   qué habemos de hacer!

ELISA:           Espera,  
                   bájale a nuestro aposento.

LEONOR:        Peor, que a tu padre siento  
                   subir ya por la escalera.

ELISA:        En la manga.

LEONOR:        Mal consejo  
                   que en una comedia vi  
                   que le escondieron así  
                   y todas las oye el viejo.

ELISA:        Mira, pues, que sube.

LEONOR:        Aguarda,  
                   verás un ardid bisoño.  
                   Metámosle en este moño.

*Destócase y quítase una jaulilla. El manto ha de ser de*

*los que llaman de humo. Métenle doblado en la jaulilla y vuélvase  
Leonor a ponerla. Dentro don ALONSO*

ELISA: ¡Sutil industria!

LEONOR: ¡Gallarda!

Alíñame esos cabellos.

ELISA: ¡Qué mal se reirá quien llora!

LEONOR: Barzagas que le halle agora.

Acaba de componerlos.

ALONSO: Leonor, esa aldaba quita.

ELISA: Señor, pues ¿aquí otra vez?

*Sale don ALONSO*

ALONSO: ¡Jesús, Jesús, mi vejez

el seso me precipita!

¿Por dónde pudiste entrar  
en esta pieza?

*Mira y tienta las paredes y la alcoba*

ELISA: ¿Qué dices?

¿Qué buscas por los tapices?

¿Qué por la cama?

ALONSO: Engañar

mis advertencias pensabas?

¿Qué es del manto que traías?

ELISA: ¿Manto? ¿Cuándo? ¡Desvarías!

ALONSO: Cuando con don Juan estabas.

LEONOR: ¡Ay desdichada de mí!

Señor ha perdido el seso.

ELISA: ¿Yo con don Juan?

ALONSO: De tu exceso,

liviana, evidencias vi.

Despejad las dos las mangas.

Manifestad faltriqueras.

*Míralas*

LEONOR: (O está sin seso de veras      Aparte  
o viene a caza de gangas.)

ELISA:      Padre y señor ¿qué te han dado?  
¡Ay, cielos, que me la han muerto!

LEONOR:      O caduca o ten por cierto  
que el conde nos le ha hechizado.

ELISA:      Padre mío de mis ojos,  
¿qué tienes?

*Hace que llora*

ALONSO:      Lloro y derrama  
embustes. ¿Si está en la cama?

*Vuelve a mirar en la alcoba*

ELISA:      ¡Nunca yo te diera enojos!  
¿Que he de pagar tan aprisa,  
Fortuna, tantos rigores!

ALONSO:      Ya yo he vuelto en mí. No llores.  
Sosiega el pesar, Elisa.

Entré a buscar a tu prima.  
Hallé a don Juan y a su lado  
a una dama que aunque echado  
el manto, juzgué de estima.

Engañóme su vestido,  
su talle y disposición;  
pues, dando fe a mi ilusión,  
descortés los he ofendido.

Cerrados, hija, los dejo  
y es fuerza el volver a abrirles.  
Templarélos con pedirles  
perdón. ¿Qué quieres? Soy viejo.

Donde hay canas, hay malicias.

ELISA:      ¿Qué dices?

LEONOR:            ¡Donoso paso!

ALONSO:    Si con el conde te caso,  
yo te permito, en albricias

del gusto que he de tener,  
que os burléis las dos de mí.

Reposa, no estéis así  
que quiere ya amanecer.

Razón será que repares  
enfados de mis extremos,  
casarás te y trocaremos  
en regocijos pesares.

¿No quieres al conde mucho?

ELISA:    Mucho no, pero querréle  
poco a poco.

LEONOR:        Amor no suele  
entrar de golpe.

ALONSO:        Ya escucho  
que le dices mil ternezas.  
Advierte que ha de venir  
conmigo a las diez. A abrir  
voy a don Juan. Mis simplezas  
perdona y acuéstate.

*Vase don ALONSO y ciérralas*

ELISA:    Leonor, vuelve a darme el manto  
y di a Coral entre tanto  
que eche el puente.

*Destócase y sácase el manto y cúbrese ELISA*

LEONOR:        ¿Para qué?

ELISA:    El para qué es de provecho.

No hallándome con don Juan,  
dime, ¿de qué servirán  
los embustes que hemos hecho?

LEONOR:    No estaba en el caso, toma.  
Llamo al patrón de la nao.

*Hacia el vestuario*

Echa acá la barca, ¡ahó!  
 Ya el alba el copete asoma.  
 Mientras el manto te pones  
 aprovéchete este ardid  
 porque celebre Madrid  
 mi jaulilla y sus balcones.

*Vanse las dos y sale don JUAN*

JUAN: Niño dios, no te va menos  
 que la honra si no sales  
 airosa del laberinto  
 donde ciego te enredaste.  
 Llamas traes. Serena alegre  
 las confusas tempestades  
 de tanto amoroso golfo  
 porque en tu trono idolatre.

*Salen ELISA con manto y CORAL*

CORAL: Entra e iré a alzar la puente.  
 Serás Leandro en el aire  
 pues nadas olas de vientos  
 como el otro nadó sales.

*Vase CORAL*

JUAN: Pues, mi bien ¿qué ha sucedido?  
 ELISA: No hay tiempo para contarte  
 prodigios. Sentémonos

*Siéntanse*

de la misma forma que antes;  
que vuelve mi padre a abrirnos.  
Sabrás cosas que te espantes.

*Salen don ALONSO y don ÁLVARO a la puerta del vestuario y  
vuélvense a entrar, y échase ELISA el manto quedándose  
asentada y levántase don JUAN*

ALONSO: Don Álvaro, de este modo  
averiguaré verdades.  
Id agora a ver si Elisa  
está en su cuarto. La llave  
es ésta. Abrid con sosiego  
que como yo aquí dentro halle  
la encubierta y vos a mi hija,  
creeré que pude engañarme.

JUAN: ¿Ya volveréis satisfecho?

ALONSO: Y corrido. Perdonadme,  
señora, si malicioso  
di crédito a vuestro traje  
y vos, don Juan, admitid  
satisfacciones bastantes  
de un recelo que aparente  
no es mucho me deslumbrase.  
(¡Vive Dios, que es imposible      Aparte  
no ser ésta Elisa!)

JUAN:                    Paren  
en amistad sentimientos,  
señor don Alonso, y basten  
vuestras mismas experiencias  
a reduciros afable,  
que estimo yo el ser muy vuestro.

ALONSO: En prueba de nuestras paces  
con el parabién os doy  
los brazos como se case  
con vos aquea señora  
y aumentéis felicidades  
de Elisa, esposa de Carlos,

y de don Pedro, su amante  
doña Ana, huésped de vuestra.

JUAN: Es deidad Amor y sabe,  
manifestando su imperio,  
hacer lo difícil fácil.  
Siglos dichosos se gocen.

ALONSO: Mil, don Juan, el cielo os guarde  
en vida de vuestro empleo.  
Adiós, tomad vuestra llave.

*Dásela y vase don JUAN*

ELISA: Quédese este manto aquí;

*Quítasele*

que si vuelve a registrarme  
mi viejo allá, es peligroso  
porque no hay donde ocultarle.  
Don Juan, a las diez espero  
más para desesperarme  
que para vivir al Conde.  
Mientras los conciertos se hacen,  
disponed de mí y de vos.

*Sale CORAL*

Vamos, Coral.

CORAL: Buen viaje.

*Vanse doña ELISA y CORAL*

JUAN: Ya el alba borda el oriente  
de aljófares y corales.  
¡Ay, si le diesen mis dichas  
el parabién con las aves!

Parece que siento voces  
 en el balcón. ¡Si su padre  
 a mi Elisa ha echado menos!  
 Libraréla aunque me maten.

*Vase y salen a un balcón LEONOR y don ALONSO y ha de haber  
 dos balcones cubiertos y de uno a otro un pasadizo capaz de que en él  
 quepan ocho personas y se puedan sacar las espadas, y están en el  
 balcón el CONDE y don ÁLVARO*

LEONOR: Si ella está por don Juan loca,  
 si él hace extremos de amante,  
 si entró esta noche por ella,  
 si logró el amor alardes  
 de lo que su ingenio puede  
 habiendo comunicables  
 por el viento los balcones  
 ¿cómo pude yo estorbarle,  
 sola y mujer, sus ardides?

ALONSO: Tú, enredadera, trazaste  
 estos embustes y hechizos  
 para que agora los pagues.  
 Acertaron mis sospechas,  
 don Álvaro, pues no hallasteis  
 aquí a Elisa. ¡Murió mi honra!

CONDE: Para vengarla no es tarde.

ÁLVARO: ¡Asomaos a este balcón!  
 ¡Veréis por él pasaje  
 que los embustes fabrican!

*Salen los dos al pasadizo y por la otra parte salen del otro  
 balcón doña ELISA, en cuerpo, y CORAL y detiéndense en  
 medio*

ALONSO: Conde, a vos os toca el darme  
 satisfacción de esta injuria.

Allí está don Juan. ¡Vengadme!

ELISA: ¡Ay, Coral! ¡En mi balcón

están el Conde y mi padre!

¡Volvámonos!

CORAL: ¡Pechelingües!

¡Otra *qüi volta!* En la calle  
me holgara yo estar agora.

*De este mismo balcón sale don JUAN y se llega a doña  
ELISA*

JUAN: Prenda mía, en este trance  
retirarnos es prudencia.  
Seguidme y no os acobarde  
el Conde ni cuantos vienen  
a ofendernos de su parte.

*Quieren volverse y detiéndelos doña ANA y don PEDRO que  
salen al otro balcón*

ANA: ¿Dama en mi casa y oculta?  
Don Pedro, de agravios tales  
venganza os piden mis penas.

PEDRO: Grande es mi amor si ellas grandes.

ANA: ¿Así se premian socorros,  
don Juan? ¿Así es bien se paguen  
favores de vuestros riesgos?

PEDRO: ¡Por ingrato y por mudable  
moriréis como Perilo  
en la invención que trazasteis!  
¡Sólo hay paso por aquí!

CONDE: Pues, por aquí sólo se abre  
salida a un alma rebelde  
franqueándole su sangre.

*Saquen todos cuatro las espadas, a una parte el CONDE y don  
ÁLVARO y a otra don PEDRO y en medio don JUAN y CORAL*

CORAL: Pasadizo ratonera

es el nuestro. No se llame  
sino Puente de Mantible  
pues que la guardan gigantes.

ELISA: Conde ilustre y Carlos noble,  
si las estrellas constantes  
en sus influjos me inclinan  
a que dueño a don Juan llame,  
si ha dos años que le quiero,  
si es justo que os desengañe  
en alma tan desconformes  
la aversión de voluntades,  
no apetezcáis compañía  
que se ha de dar muerte antes  
que otro que don Juan se atreva  
a que amor mi cuello enlace.  
Triunfad de vos mismo, conde.  
Sed cortés, pues sois amante.  
Obligadme generoso  
si os recele interesable.  
Ilustre favor os pido.  
Mi amor os invoca afable.  
O libradme caballero  
o si no lo sois, matadme.

CONDE: Lágrimas tan elocuentes  
dignas son de venerarse.  
Tutela de vuestro amor  
seré desde aquí adelante  
como de don Juan amigo;  
y si estima vuestro padre  
serlo mío, como espero,  
logrará felicidades  
que tal yerno le prometen;  
porque yo, si hasta aquí fácil  
en no reprimir pasiones,  
seré enemigo constante  
de quien a don Juan ofenda.

ALONSO: Vos lo mandáis. Dios lo hace.  
Trázalo Amor. ¡Contra todos  
un viejo y sólo! ¿Qué vale?

JUAN: Dejad que os bese los pies.

CONDE: Añudemos voluntades  
que rompieron competencias  
y eternizaremos paces  
si doña Ana da a don Pedro  
la mano.

ANA: Sabré estimarle  
por feríármela la vuestra.

CORAL: Pues que se queda incasable,  
señor, vuestra señoría,  
créame y métase fraile.

CONDE: Fenecieron con la noche  
confusiones y pesares,  
y con el sol amanece  
la paz que a alegrarnos sale.

JUAN: Estos los ardides son  
con que Amor prodigios hace.

CORAL: Y ésta la primer comedia  
que tiene fin en el aire.

FIN DE LA COMEDIA